

2

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

**EDICIONES ESPECIALES**

Director: FRANCISCO MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Penya de la Paz, 10 bis - Tel. 18811-Barcelona

## R E B E L D E

Magnifico asunto, de apasionante interés, cuya acción se desarrolla en los comienzos de la guerra entre el Norte y el Sur de los Estados Unidos para la abolición de la esclavitud

Dirección de  
**DAVID BUTLER**

Es un film  
**20th Century - FOX**  
(Oro de ley de la pantalla)

Distribuido por  
**HISPANO FOXFILM, S. A. E.**  
Valencia, 239 - BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne  
31 Marzo 1936

*Maria Thaxter  
Cabane*

PRINCIPALES INTERPRETES

**SHIRLEY TEMPLE**

**John Boles**

**Jack Holt**

**Karen Morley**

**Bill Robinson**

etc.

Maria Martí  
Escaneado

2

## REBELDE

Argumento de la película

### CAPÍTULO I

—¿Me das otro pastelito, Virginia?

Con aquella réplica apremiante, el gordinflón Harold acababa de expresar su deseo de no dar por saciada todavía su tradicional glotonería. La gentil Virginia hizo un gesto de resignación y dirigiéndose al viejo criado negro que permanecía de pie junto a ella, tieso y ceremonioso, como si en lugar de atender una merienda infantil estuviese sirviendo un banquete palaciego, ordenó amablemente:

—Tío Billy, sirvele unos pastelitos al señorito Harold y de paso límpiale los labios.

El criado se acercó al orondo Harold, hizo lo que su ama le había ordenado y volvió a su puesto. La gentil anfitriona siguió entonces

haciendo los honores de la mesa con un tacto exquisito, impropio de sus pocos años.

—¿Más helado, señorita Gladys?

Antes de que la interrogada hubiera tenido tiempo de responder, el tío Billy se inclinó hacia su amiga para decirle al oído:

—Señorita Virginia, no queda más helado.

—Entonces no insistiré—repuso la niña, hablándole también al oído—. Sólo preguntaré una vez para no quedar mal.

La señorita Gladys—siete años de edad—como si hubiese comprendido el apuro en que se encontraba Virginia, contestó cortésmente con una negativa y le propio hicieron los demás invitados, pero el despreocupado Harold no parecía dispues-



to a imitar el cortés ejemplo de sus compañeros de mesa.

—¡Yo sí que quiero! ¡Yo sí que quiero!—exclamó relamiéndose.

—¿No preferirías bizcochos?—insinuó discretamente la anfitriona.

—Bueno. Bizcochos y helado—aceptó Harold, sin duda para dar una prueba de la *flexibilidad* de su carácter... y de su estómago.

Virginia y el criado cruzaron una mirada de inteligencia. En seguida la nena—que ocupada en atender a sus pequeños invitados había descuidado su propia comida—se resignó a desprenderse generosamente de un buen pedazo de su propio helado para atender la glotonería de su invitado. Maniobrando discretamente colocó la mitad del rico sorbete en otro plato y alargándolo solo al criado, ordenó:

—Sirvaselo al señorito Harold.

El motivo de que aquel delicioso enjambre de niños y niñas pertenecientes a las más linajudas familias de Carolina del Sur estuviese reunido en torno a la mesa presidida por Virginia Gary, obedecía a la celebración del cumpleaños de esta última. Seis años hacía que los padres de Virginia habían recibido la visita de la tradicional cigüeña, encargada de llevar a América los niños venidos de París, trayendo en su pico a la niña más hermosa y

sana que habrían podido desear los padres más exigentes. Desde aquella fecha memorable, cada aniversario, el matrimonio Gary celebraba de una manera espléndida el feliz acontecimiento. Este año había decidido echar la casa por la ventana, organizando una fiesta infantil, de la que guardarían un recuerdo imborrable todos los que asistieron a ella.

En el preciso momento en que todos los niños—a excepción hecha del imperturbable Harold que seguía engullendo sin tregua ni reposo—se levantaban de la mesa, dando por terminada la merienda, entraron en el comedor los padres de Virginia, acompañados de algunos invitados.

—Su hijita es muy amable con nuestros pequeños—comentó una de las señoras, dirigiéndose a la madre de Virginia—. Por supuesto, tiene a quien parecerse. La fiesta ha sido para los niños, pero usted se ha desvivido para complacer a los padres, de tal manera, que nos ha hecho pasar una tarde deliciosa.

Rosalía Gary agradeció el elogio sonriendo. Era una mujer extremadamente joven y exquisitamente bonita. Esbelta, rubia, alta, de ojos azules y facciones dulces, encarnaba la figura ideal de la madre joven y feliz. Contaba apenas diez y

ocho años cuando contrajo matrimonio con John Gary, el galán más apuesto de Carolina del Sur, la sonriente población en donde había nacido y en donde había visto deslizarse tranquilamente su vida en amigable camaradería infantil con el hombre que andando el tiempo había de convertirse en su marido. Al año de casada Dios había querido concederle la dicha suprema de la maternidad, y aunque a pesar de haber transcurrido seis años la dicha no había querido repetirse, Virginia esperaba que sus padres serían tan buenos de encargarse algún hermanito...

El criado negro que con tanto tacto había oficiado de camarero en la merienda de los niños, era el esclavo más fiel y abnegado de todos los que tenían. De acuerdo con la ley que regía en el sur de los Estados Unidos, el tío Billy, a semejanza de los demás criados de color que componían la servidumbre de la casa de los Gary, debía ser considerado como un esclavo, sobre el cual tenía su amo derecho de vida y muerte. John Gary había heredado la servidumbre de la casa en la misma forma que había heredado el inmueble de sus mayores. La ley de la esclavitud, para la abolición de la cual estaba a punto de desencadenarse la guerra civil

en los Estados Unidos, concedía también a Gary el derecho a vender al tío Billy, como si en lugar de un hombre fuese una mercancía. Pero en aquella casa la ley inhumana no regía más que en la apariencia. Los Gary habían sido siempre para sus esclavos los dueños más tolerantes, más benévolos y más generosos que habría podido soñar el esclavo más independiente. Para la servidumbre de los Gary, la esclavitud era una dulce cadena de la que por nada del mundo habrían querido deshacerse. Por eso cuando oían hablar de aquel hombre noble y generoso, llamado Abraham Lincoln, que hacía seis semanas había sido elegido presidente, y de sus propósitos de abolir aquella ley retrógrada y cruel, los criados de Gary, sin excepción de matices, se echaban a reír y se encogían de hombros con indiferencia. ¿Para qué querían ellos la abolición de una ley que era tan benévola con ellos? ¿Para qué conseguir una libertad que les había sido concedida de antemano? Aquellos hermanos suyos de raza que trabajaban en el trabajo duro de las plantaciones, sin cobrar salario, sólo por un pedazo de pan y un duro lecho, tal vez necesitasen acogerse a la protección de Abraham Lincoln. Ellos no. Por nada del mun-



do habrían deseado cambiar de vida ni disfrutar de otra libertad que la que buenamente quisieran concederles sus queridos amitos, compartiendo sus alegrías y tristezas, disfrutando de su prosperidad material o partiendo con ellos un pedazo de pan, si como hacían presagiar las cosas, venían tiempos difíciles y los hombres del sur tuvieran que ir a pelear con los del norte para defender su derecho a seguir considerando a los negros como esclavos.

El tío Billy, además de ser una alhaja como criado, era el mejor bailarín de claquet de toda Carolina del Sur. Tratándose de una velada solemne como aquella no podía faltar su colaboración en la fiesta infantil. A requerimientos de su gentil amita, la señorita Virginia, por la cual el esclavo habría sido capaz de dejarse quemar a fuego lento, el complaciente negrito hizo las delicias de la concurrencia, haciendo una lucida exhibición de sus danzas, acompañado de su discípula predilecta que era ¿cómo no? la gentil anfitriona de la fiesta.

La señora Gary se acercó luego a la niña para decirle que en el jardín la estaba esperando una comisión de niñas, hijas de los esclavos, que deseaban felicitarla. Co-

rrió Virginia al jardín y recibió de manos de una simpática negrita un espléndido ramo de flores.

La negrita se llamaba Miriam y era hija de la cocinera de la casa, aquella gordísima cocinera que sabía preparar unas meriendas tan succulentas. Miriam se había aprendido un hermosísimo verso para recitarlo delante de su amita, pero fué tan grande el azoramiento que se apoderó de la infeliz al verse frente de la señorita Virginia, que se le trabó la lengua y no fué capaz de soltar ni un solo ripio. Sólo a fuerza de imprecaciones y pellizcos de su indignada progenitora acertó Miriam a balbucear con voz entrecortada:

—Señorita Virginia, deseo que... que... pues... que las pase muy... muy... felices...

Y viendo que su madre la miraba con ojos de basilisco, añadió:

—Iba a decirle otras cosas, pero se me han olvidado.

Virginia la abrazó, sonriendo.

—Has dicho lo suficiente, Miriam. Gracias, gracias por el bonito presente. Tu mamá os dará unos bizcochos...

Volvió la niña al salón. En la puerta del mismo la esperaba el goodinflón Harold para pedirle verbalmente que fuera su pareja en el minué que ya había empeza-

do a bailar la gente menuda. Virginia aceptó complacida. Sentía cierta debilidad por aquel niño de apetito insaciable y grandes mofletes, y él por su parte se pasaba el tiempo echándole miradas lánguidas y cargadas de ternura. Empezaron a bailar, y Harold dijo, excusándose:

—Virginia, no me inclino más por temor a romper los pantalones. Me están muy estrechos...

La niña sonrió. Miró el cuerpo gordezuelo de su compañero de baile, enfundado en unos pantalones demasiado estrechos para sus carnes rozagantes, y advirtió:

—No te inclines, pues, Harold, no me gustaría que se te rompiesen estos pantalones delante de mis invitados...

Mientras los niños, ajenos a todo lo que no fuese su alegría infantil, seguían bailando y divirtiéndose, el país entero se estremecía al grito de guerra. Abraham Lincoln se proponía poner en práctica una doctrina humanitaria de paz y amor, la de redimir a los hombres de la raza negra de la esclavitud que pesaba sobre ellos. Aquel había sido el principal objetivo de su elevamiento a la presidencia de la nación, y ahora había llegado el momento de ponerlo en práctica. Pero algunos hombres del sur, los dueños de

aquellas inmensas plantaciones en las que trabajaban miles de hombres de la raza negra, inclinados horas y horas sobre la tierra, sin cobrar ni un solo céntimo a cambio de un rudo trabajo, con derecho a ser apaleados como bestias si se atrevían a insinuar tan sólo unas palabras de protesta, no podían consentir que los sentimientos humanitarios de un hombre, aunque este hombre ocupase la primera magistratura del país, prevaleciesen sobre sus intereses mercenarios. Era por esto que acababa de declararse la guerra civil en los Estados Unidos, mientras en la suntuosa resistencia de los Gary la gente menuda bailaba y se divertía.

En la puerta de la casa acababa de detenerse un jinete. Se apeó del caballo y entró como un torbellino, sin hacer caso de las preguntas que le dirigía el criado que había acudido a abrirle la puerta. Aquel hombre era un negro, y acababa de hacer legua y leguas de camino portador de una triste noticia.

—Nosotros, los del sur, acabamos de declarar la guerra a los del norte...

El capitán John Gary inclinó la cabeza. No por esperada resultaba aquella noticia menos dolorosa, pero los hombres que regían los des-



tinios del país lo habían querido así y debían acatar sus designios.

Pasado el primer momento de estupor y desconcierto, los invitados reaccionaron conforme a sus sentimientos. Las mujeres rompieron a llorar, mientras que los hombres se apresuraban a ponerse a las órdenes del dueño de la casa, que por su graduación de capitán representaba desde aquel momento su superior jerárquico. No era ahora el momento de lamentarse ni discutir quién llevaba la razón en la contienda, sino obrar, obrar sin dilaciones, cumplir con el deber sagrado de ciudadanos y patriotas. John Gary, posesionado inmediatamente de la responsabilidad de su cargo, ordenó:

—La movilización debe estar terminada esta misma noche. Hay que ir comunicando la noticia río abajo... Además, sería conveniente que los niños se marchasen en seguida, antes de que las carreteras empiecen a llenarse de tropas... Ustedes acompañen a sus esposas y a sus hijos y vayan al cuartel inmediatamente.

Se volvió hacia el tío Billy:

—Que preparen inmediatamente todos los coches...

Y así fué como los niños fueron arrancados bruscamente a las delicias del minué por sus propios pa-

pás, quienes, sin tomarse la molestia de darles ninguna explicación, como si se hubieran vuelto locos de repente, se apresuraron a llevárselos, sin darles ni siquiera tiempo de despedirse de su gentil anfitriona. Eso fué todo. Virginia, que seguía bailando con su Harold, vió con la natural sorpresa y sobresalto, como éste desaparecía arrancado a sus tiernos brazos por los brazos de la madre del niño, en el preciso instante en que ensayaban un nuevo paso que fuese compatible con la excesiva estrechez de sus pantalones nuevos.

La escena había sido tan rápida, que en el tiempo que media entre un compás y otro Virginia se encontró sola y abandonada en medio del inmenso salón que sus padres tenían siempre cerrado y sólo acostumbraban abrir en las grandes solemnidades y cuyo piso reluciente reflejaba su encantadora imagen vestida con un lindo traje de miriñaque de muselina y encajes, que estrenaba aquella tarde y había sido la admiración de Harold. ¿Cómo había sucedido aquello? ¿Por qué los niños se habían marchado tan precipitadamente sin decirle ni siquiera adiós, sin agradecerle la succulenta merienda con que les había obsequiado? ¿Por qué su mamá en vez de ir a su encuentro para



consolarla de la mala partida que acababan de jugarle sus invitados había desaparecido misteriosamente y su papá andaba de un extremo a otro de la casa dando órdenes a los criados, y el tío Billy, en lugar de atender sus repetidas llamadas andaba también de acá para allá, murmurando palabras ininteligibles, y las mamás de los niños que se habían marchado tenían lágrimas en los ojos? Virginia decidió salir pronto de aquella duda horrible, de aquella incertidumbre inaguantable, y se volvió desolada hacia el negro Tommy, cuyos ojos saltones estaban danzando continuamente dentro de sus órbitas, y le preguntó extrañada:

—¿Qué ha sucedido, Tommy? ¿Por qué se han marchado mis amiguitos de esta manera, sin despedirse de mí? ¿Acaso no les he dado una buena merienda?

El negrito miró a su ama con ojos cariñosos.

—No, amita, no es la merienda, es la guerra.

—¿La guerra?—inquirió la niña estupefacta. No tenía la menor idea de lo que pudiera significar aquella palabra extraña.

—Sí, amita, la guerra...

—¿Y eso qué es?

—Pues una cosa muy mala. Los hombres se matan unos a otros.

Nueva y mayor sorpresa por parte de Virginia.

—¿Que se matan, dices? ¿Por qué? ¿Por qué se matan los hombres unos a otros?

—Por muchas cosas, amita. Ahora es porque un hombre del norte quiere libertar a los esclavos.

—¿Y eso qué quiere decir?—siguió inquiriendo Virginia cada vez más sorprendida.

Pero esta vez el simpático Tommy no pudo satisfacer su curiosidad. Tampoco él sabía a ciencia cierta lo que aquello significaba. El no entendía nunca las cosas de los hombres blancos. El mundo de sus ideas era tan limitado que sólo tenía cabida para un solo pensamiento. El de no cambiar de vida. Es verdad que él era un esclavo, pero como su esclavitud consistía precisamente en comer con abundancia, en dormir en un lecho confortable, en *hacer que trabajaba* sin abdicar demasiado de su pereza innata, y en recibir de vez en cuando alguna reprimenda amistosa de sus amos, Tommy encontraba que la esclavitud debía ser el estado natural del hombre, sobre todo del hombre de su raza, y no podía comprender porqué un hombre blanco, aquel señor de patillas y rostro afable que ahora era presidente, se empeñaba en cambiar su suerte. Si los

hombres del norte conseguían lo que se proponían y venían un día a decirle: "Tommy, eres libre; ya no perteneces a los señores Gary; de aquí en adelante puedes hacer lo que se antoje", ¡pues bien! Tommy seguiría haciendo exactamente lo mismo que venía haciendo desde el día de su nacimiento: servir en casa de los Gary sin molestarse a preguntar en qué consistía la ley sobre la abolición de esclavos, ni otras zarandajas por el estilo...

Tommy se rascó la cabeza. Siempre que tenía alguna dificultad en coordinar sus ideas, lo cual le sucedía con una frecuencia aterradora,

el perezoso esclavo recurría a aquel gesto para ver si lograba darles curso. Pero aquella vez le falló el sistema. Tommy no pudo hallar ni una sola idea capaz de sugerirle una respuesta apropiada a satisfacer la curiosidad de su amiga. Hubo de encogerse de hombros y confesar sin rubores su ignorancia supina en un asunto de tanta trascendencia.

—Yo tampoco lo sé, señorita Virginia—repuso tristemente.

—¿Es raro, verdad?

—Sí, muy raro — repuso el negrito convencidísimo.

## CAPITULO II

No tardó Virginia en saber lo que significaba la guerra y en convencerse de que debía ser una cosa muy mala y muy fea, cuando por culpa de ella su papaito había tenido que ausentarse vestido con aquel uniforme que tan bien le sentaba y se pasaba los días y las semanas sin verlo. No era eso sólo. De-

de que papá se había marchado, su mamá había dejado de sonreír y se pasaba las horas llorando y rezando, mientras todo el mundo a su alrededor ponía cara larga y hasta los esclavos, aquellos negritos por los cuales se hacía la guerra, estaban también acongojados y tristes en lugar de mostrarse alegres. En-

tretanto los hombres del norte habían ocupado los alrededores de la población y hacían algunas incursiones por el pueblo metiéndose en las casas y llevándose todos los objetos de valor que encontraban, como si en lugar de ciudadanos honorables fuesen unos vulgares ladrones. Por culpa de la guerra también, los dos ejércitos, el del uniforme gris y el del uniforme oscuro, a pesar de ser todos americanos, se llamaban confederados y yanquis, y se mataban unos a otros en lugar de quererse como hermanos.

Todo aquello había empezado por parecerle absurdo e incomprensible, pero había acabado por acostumbrarse y ahora ya había aprendido a considerar como enemigos personales a los hombres del uniforme oscuro, y a llamarles despreciativamente "yanquis", como si aquella palabra envolviese un insulto.

En tiempo de guerra ¿qué otra cosa pueden hacer los niños sino jugar a los soldados? Virginia, que siempre se había distinguido por su natural travessillo y alborotado, acababa de constituirse despóticamente capitana del ejército, y aquella mañana, aprovechando la tranquilidad aparente en que se hallaba la población ocupada, jugaba

con algunos vecinos y los niños de la servidumbre, a aquel juego peligroso en el que los hombres parecían complacerse.

El diminuto ejército estaba muy deficientemente equipado, pero ¿para qué sirve la imaginación infantil sino para convertir en arma mortífera un vulgar palo de madera y en uniforme reluciente el traje más desarripado? Vestidos y armados de aquella guisa, tocados con gorras de papel, los *soldados* que componían el temible ejército capitaneado por Virginia Gary, se entretenían en hacer su instrucción militar en un patio contiguo al jardín de la casa, con el firme propósito de atacar valientemente a los yanquis, si éstos eran tan imprudentes de aparecer por allí.

—Mi papá es el mejor soldado de todos — exclamaba Virginia triunfante, mientras con un empaque digno de un generalísimo daba a sus *soldados* las órdenes pertinentes.

—¡Alto! ¡De frente, mar...!

Pero aquellos malditos yanquis debían ser muy valientes, o tal vez ignoraban la existencia de un tan temible ejército infantil, dispuesto a infligirles la más vergonzosa derrota, ya que en aquel momento hicieron indiscretamente su aparición, avanzando hacia el lugar en donde



les estaban esperando sus enemigos.

Al grito de ¡los yanquis vienen! salido de la aterrada boca de uno de los soldados de Virginia, el valiente ejército sufrió una conmoción tan grande — sin duda por hallarse desprevenidos — que todos los componentes del mismo echaron a correr despavoridos, dejando a su capitán abandonado a su triste suerte.

Aquella indigna desertión de unos soldados que un momento antes se declaraban dispuestos a comerse vivos a sus enemigos, no arredró lo más mínimo a Virginia Gary, por cuyas venas corría seguramente sangre de héroes, pero sí sembró el pánico en el ánimo pusilánime del infeliz Tommy, que no se había atrevido a abandonarla y permanecía a su lado tembloroso y encogido, como si presintiese un desenlace trágico.

—Yo no voy a echar a correr — insinuó la niña firmemente, cuadrándose como un militar y dispuesta a morir antes de retroceder ni un solo paso.

—Amita Virginia, yo creo que sería mejor que nos marcháramos.

—¿Por qué? ¿Tienes miedo a los yanquis?

—Son tremendos... Pueden cambiar hasta el tiempo—balbuceó el

infeliz Tommy, temblando como un azogado.

—Pues yo no les tengo ni un poquito de miedo. ¡Que vengan si se atreven!

—A mí me hacen sudar y temblar al mismo tiempo.

Virginia miró compadecida a su sirviente. Ofrecía un aspecto tan desolado que decidió relevarlo de su compromiso.

—Vete a avisar a mamá que han llegado los yanquis—ordenó.

El negro no se hizo repetir la orden. En cuatro zancadas desapareció de su vista. La niña estaba ahora sola, sola ante un grupo de seis soldados yanquis que se acercaban a caballo.

Cuando los yanquis estuvieron lo suficientemente cerca para descubrir que aquel bulto negro que divisan desde lejos era una niña y que esta niña era tan chiquita y bonita como una muñeca, no pudieron menos de soltar la carcajada. El que parecía capitanearlos se apcô del caballo para ir al encuentro de aquel ser diminuto, que a juzgar por su actitud de desafío no parecía tener muy buenas intenciones. Una piedrecita tirada con honda y que vino a darle en plena mejilla, le demostró con creces que no andaba equivocado. El militar avanzó entonces hacia su terrible enemigo

que acababa de agredirle temerariamente, dispuesto, sin duda, a darle su merecido. Se acercó a Virginia, sin que la niña retrocediese ni un solo paso ni abandonase su actitud de desafío, y cuando estuvo junto a ella se arrodilló a su lado y se la quedó mirando con aire divertido. En seguida, dándole una palmadita en la mejilla, preguntó sonriendo:

—¿Es que va a comenzar otra guerra?

—¡Fui yo, fui yo la que le tiró la piedra...!—declaró abiertamente aquel David con faldas, enseñándole al nuevo Goliath la honda de la cual se había servido para agredirle.

El enemigo soltó una carcajada.

—Ya lo veo—repuso sin abandonar su actitud conciliadora—. Y también veo que no eres mentirosa.

—Mamá me enseñó a decir siempre la verdad.

—Muy bien, esto está muy bien. Ahora dime, ¿quién eres?

—Una confederada.

—Una rebelde chiquita, ¿eh?

—No, señor. Soy una confederada del sur.

—¿Es soldado tu papá? ¿Anda por ahí?

La intención capciosa de la pregunta fué cogida al vuelo por la avispada Virginia, quien miró altivamente a su enemigo como retándole.

—¿Cree usted que se lo diría? No le tengo miedo...

—Me alegro de que no me tengas miedo—repuso el yanqui siempre sonriendo—. Veo que no eres solamente una niña muy bonita sino que eres también valiente y sincera. Sigue siendo así, pero...

Hizo una corta pausa, miró de nuevo a la niña, cuya actitud rebelde resultaba cada vez más graciosa, y le dijo señalando la honda:

—Pero no emplees *eso* otra vez...

Se levantó el gallardo yanqui, que era el coronel Morrison, uno de los más valientes soldados del ejército del norte, y apenas había tenido tiempo de montar de nuevo a caballo, otra piedrecita disparada por la honda de Virginia con magistral puntería, vino a herir de nuevo su mejilla como si quisiera demostrarle el grado de rebeldía que era capaz de albergarse dentro de aquel cuerpo tan chiquito, tan chiquito...

\* \* \*

Aquella misma noche Virginia escribía a su papá una conmovedora carta *ilustrada* con unos dibujos precursores del impresionismo, que querían representar gráficamente su triste personita aguardando el regreso al hogar del añorado ausente. La carta estaba redactada en términos tan concisos como cariñosos:

"Querido papá: te echo mucho de menos. ¿Cuándo vendrás a casa? Te quiere tu hija,

Virginia".

Se volvió hacia su madre, que hordaba a su lado, y le preguntó:

—¿Vendrá pronto papá?

—Es difícil, Virginia. Estamos en territorio enemigo —repuso su madre dulcemente, acariciando su rubia cabecita.

—¿Qué quiere decir eso?

—Quiere decir que papá tiene que cruzar las líneas enemigas para venir a vernos.

—He rezado todas las noches para que papá regrese. Ayer comencé

a rezar de día también. Y quizá como Dios es muy bueno...

En aquel momento entró el tío Billy, demudado y tembloroso. No podía adivinarse si estaba pálido porque el color de su piel no admitía aquella distinción de matices. Era portador de una gran noticia. La noticia de que Dios había oído las oraciones de aquel angelito rubio y en su gran bondad había decidido premiarlas. Venía a decir, nada menos, que los esclavos apostados a lo largo del camino, pertenecientes a la servidumbre de la casa, señalaban la presencia de un jinete y que aquel jinete era el padre de Virginia.

Un instante después, John Gary entraba en su casa para abrazar a sus seres más queridos. Había hecho muchas leguas de camino atravesando las líneas enemigas sólo para darse el placer de ver de nuevo a su mujer y a su hija y permanecer a su lado unos instantes, olvidado de todo lo que no fuese la



dicha de estar junto a los seres queridos.

Padre, madre e hija se confundieron en un solo abrazo apasionado y angustioso... Los ojos de John buscaron en seguida los de su mujer y vieron que estaban llenos de lágrimas. Cogió entre sus manos la cabeza adorable de su compañera y besó aquellas mejillas demacradas, aquellos labios pálidos que hablaban de llantos y vigilia, y con voz dulce y amorosa reprochó dulcemente:

—¿Lágrimas?...

—Son de alegría... —repuso su mujer, apoyando su rubia cabeza sobre el pecho del marido.

—Los del sur no lloran —reprochó dulcemente.

—Entonces son gotas de lluvia —contestó la mujer sonriendo entre lágrimas.

John Gary se volvió entonces hacia su hija. La cogió en sus brazos, la estrechó contra su corazón, miró aquella carita adorable, aquellos ojos chiquitos y expresivos, y vio que también estaban llenos de lágrimas.

—¿Qué es eso? ¿Lloras tú también? ¿No sabes que las mujeres del sur han de ser siempre valientes?

La niña bajó humildemente la

cabeza, como si acabase de ser sorprendida en una travesura.

—¿No puedes quedarte mucho tiempo, papá? —dijo al fin para disimular.

—No, hijita, no puedo. Tengo que marcharme en seguida. He venido solamente a abrazaros.

—Voy a ordenar que te preparen algo de comer —dijo entonces la madre...

John Gary se sentó en el sofá, se desahogó la guerrera, mientras el infeliz Tommy deseoso de demostrarle con algo a su amigo su afecto, le limpiaba las altas botas de montar. Su hija se sentó a su lado y le miró entristecida. Su papá estaba mucho más pálido y muchísimo más delgado que antes de la guerra. Sus ojos no tenían aquel brillo de antes, sino una expresión muy triste. Virginia comprendió entonces que la guerra era una cosa mucho más seria y mucho más cruel de lo que le había parecido en un principio. Pensó que su padre y su mamá y ella misma estaban sufriendo mucho por culpa de ella, y al hacer aquella comprobación amarga sintió que de nuevo las lágrimas se agolpaban a sus ojos. Sólo recordando las palabras de su padre acerca del valor de las mujeres del sur logró contener aquella avalancha de sollozos que

subían a su garganta, amenazando estallar, y apelotonándose al lado de su padre, preguntó fingiendo indiferencia:

—¿Se acabará pronto la guerra, papá?

—No sé... no sé...

—¿Estamos ganando nosotros?

—Así... así...

—¿Te hacen trabajar mucho?...

—Un poquito, pero no importa...

Una corta pausa durante la cual padre e hija se miraron con arrobo y emoción contenida.

—Papaíta, pareces tan cansado...

—susurró la niña, acariciando el rostro querido con sus manos suaves.

—Vuestro recuerdo me da fuerzas...

—¿Me echas mucho de menos?

—Sí, hija mía, ¡mucho! Sobre todo al caer la tarde, cuando solíamos cantar aquella canción que te gusta tanto...

—Hagámonos la ilusión de que ahora es la tarde...

—Entonces cierra los ojos y te cantaré...

La niña obedeció. Cerró los ojos, apoyó su cabeza sobre el pecho de su padre y se dejó arrullar dulcemente por una canción muy bonita, que cuando ella era muy pequeña, muy pequeña, su madre se complacía en cantarle para que se dur-

miera en la cuna y que últimamente su padre le cantaba también, haciéndole de nñera, no para que se durmiese, sino para que viera que él entonces tan bien como mamita.

Esta vez empezaron a cantarla juntos, pero no fué ella, sino su padre el que cerró los ojos y se quedó adormecido. El cansancio le había vencido, y durante unos momentos la niña se sintió un poco madre de aquel hombre que le había dado el ser y que se había dejado adormecer por el arrullo de su voccecita y la suave caricia de sus manos.

Cuando la madre regresó y se encontró aquel cuadro, no pudo menos de sonreírse entre lágrimas.

—Tommy ha ido a buscar otro caballo a la cuadra. Regresa en seguida. Entretanto he mandado que preparen algo de comida para llevarte, si es que no quieres quedarte a comer con nosotros...

La niña, como si adivinase instintivamente que sus padres deseaban quedarse solos unos momentos, se levantó presurosa y salió corriendo, diciendo que iba a llenar las alforjas de avena para el caballo. También el noble animal necesitaba alimentarse, para que pudiese llevar a su padre sano y salvo a través de las filas enemigas.

—No podré permanecer aquí



más de cinco minutos—dijo John, tristemente, abrazando apasionadamente a su mujer y besándola repetidas veces—. Tengo que dar parte al general Lee acerca de las posiciones enemigas...

Su mujer hizo un gesto de horror.

—¡John, amor mío! Si te detienen te fusilarán.

—No, mientras no lleve el uniforme enemigo.

—¡John, John!—sollozó su mujer, estallando en llanto. Las lágrimas tanto tiempo contenidas acababan de traicionarla. Habría dado cualquier cosa para evitarle a su marido aquella escena dolorosa, pero su desesperación era más fuerte que la voluntad de mantenerse serena. Era el corazón de la mujer, de la esposa, de la amante, de la madre, el que se rebelaba contra aquella situación angustiosa.

Su marido la abrazó en silencio, sin tratar de detener su llanto. El dolor de su mujer era el suyo propio, y por eso se sentía impotente para aliviarlo. Lejos de ella y de su hija el capitán John Gary era el más valiente de los soldados; cerca de ellas, el militar debía ceder el paso al hombre, y el hombre no podía alejarse de los seres queridos sin un dolor inmenso que nada tenía que ver con la cobardía.

Transcurridos unos instantes ambos lograron serenarse. Había llegado la hora de partir. Debían hacerse fuertes si no querían que la despedida resultase todavía más desgarradora. John y su mujer salieron al portal, en donde ya les estaban aguardando algunos servidores con un caballo de refresco.

—¡Adiós, querida mía! Espero poder volver pronto... Tal vez la guerra termine antes de lo que pensamos...

—¡Cuidate mucho, John!—repuso su mujer, sonriendo entre lágrimas.

Luego, mostrándole el caballo, advirtió:

—Es el mejor de los dos que nos quedan.

—¿De los dos?

—Sí, John. Me vi obligada a vender parte del ganado para atender a las necesidades de la casa...

Y como su marido hiciese un gesto de tristeza, murmuró dulcemente:

—No te apures, John. Estos pequeños contratiempos debemos saber sobrellevarlos las mujeres con resignación y entereza... Es la guerra, John, la guerra... Nosotros no podemos hacer otra cosa que resignarnos...

Se detuvo al ver a Virginia que



venía corriendo con un saco de avena...

—Ahí viene el diablillo — murmuró—. Nuestro diablillo...

El diablillo había cumplido su promesa de traer avena para el caballo, a fin de que éste se comportase como era debido y llevase a su querido papá al lado de los hombres que luchaban por la causa del sur.

En aquel momento vino corriendo un negro para dar la voz de alarma:

—¡Los yanquis, los yanquis! ¡Vienen los yanquis!

¡Ahora sí que la despedida no podía prolongarse más! Virginia, que hasta aquel momento había permanecido como inconsciente, sin darse perfecta cuenta de que la aparición de su padre estaba llena de peligros y por lo tanto debía ser lo más breve y furtiva posible, se echó a llorar perdidamente al ver que éste la abrazaba cubriéndola de besos. John Gary le dijo entonces, cogiéndola por la barbilla y obligándole a mirarle:

—No quiero que me despidas con lágrimas. A ver, sonríete un poco...

La niña hizo un esfuerzo, pero su buena voluntad no fué suficiente a vencer su pena. Intentó sonreír,

pero su sonrisa resultaba mucho más triste que su llanto.

—Una sonrisa de veras...—insistió su padre, abrazándola de nuevo.

Esta vez la niña enjugó sus lágrimas y sonrió como su padre deseaba.

—Ahora está mejor—premió éste besándola con amoroso transporte.

—Dése prisa, señorita Gary — insinuó el tío Belly.

Había llegado el momento inaplazable de la despedida. John Gary montó a caballo y antes de despedirse le dijo a su mujer:

—Cruzaré el río por el molino. Cuando esté a salvo al otro lado haré tres disparos.

—¡Que Dios te acompañe!

—¡Dale recuerdos al general Lee! — exclamó la niña, agitando sus brazos en señal de despedida, mientras su padre se alejaba a todo galope.

Su mujer permaneció en el jardín hasta perderlo de vista. Sus labios murmuraron una oración salida del fondo del alma. Luego entró en la casa y se dispuso a recibir a los yanquis que no tardarían seguramente en llamar a su puerta.

Por vía de precaución se hizo una recogida de todos los objetos de valor que había en la casa. Lamparitas, porcelanas, objetos de pla-

ta, bandejas, y también algunas botellas del mejor vino que había en la despensa, víveres, etc. En un santiamén, la casa quedó medio destartada y vacía. Todos los objetos de valor fueron llevados a un cuarto secreto, oculto detrás de un entrepaño. La pequeña Virginia se esmeró en ayudarles y cuando todo estuvo listo, su mamá le abrazó y le habló de la conveniencia de que también ella se ocultase allí junto con Miriam, la hija de la cocinera, que le haría compañía. A una observación del tío Billy insinuando que los yanquis no se atreverían a hacer ningún daño a una criatura inocente, la señora hizo un gesto afirmativo:

—Ya lo sé, tío Billy, pero es demasiado pequeña para ver lo que puede ocurrir.

Virginia obedeció. Desde muy pequeña le habían acostumbrado a ser juiciosa y obediente, y por lo tanto, sabía portarse como era debido... Ahora, la vecindad de los yanquis no la asustaba demasiado, pero pensaba que tal vez volviese aquel militar a quien ella había tirado la piedrecita a pesar de haberle pedido que no lo hiciese, y temía que quisiera tomarse una revancha. Se dejó, pues, encerrar en aquel cuarto oscuro en compañía de cuadros, muebles, objetos de arte,

botellas de vino y víveres en abundancia. Allí estaría a salvo de las iras del militar si era él el visitante. Con Miriam por compañera la espera sería menos desagradable.

—Es necesario aparentar que en la casa todo se desenvuelve normalmente—advirtió la señora Gary—. Tú, Rosalinda, ponte a coser en la entrada. Tú, tío Billy ve sacando el servicio de mesa, y tú, Tommy...

Se detuvo sonriendo al ver que el negrito estaba delante de ella temblando como un axogado y pronunciando palabras ininteligibles.

—Parece que tienes mucho miedo—insinuó burlonamente.

—No, señorita, no es miedo, pero...

—Nada tienes que temer, Tommy. Sobre todo siendo negro. Los yanquis hacen la guerra por vosotros...

En aquel momento llegaron los yanquis. Eran unos cinco o seis soldados, capitaneados por un sargento con aires de matón. Entraron pisando fuerte y desafiando a todo el mundo. La calma aparente con que fueron recibidos tuvo, no obstante, la virtud de desarmarles un poquillo.

—¿Hay un rebelde escondido por aquí?—vociferó el sargento creyendo tal vez inocentemente que

en caso de haberlo se apresurarían a decirselo.

El tío Billy que había salido a recibirlos, logró intimidarlos con la calma y serenidad que se desprendía de su persona:

—En esta casa vive la señora Gary. ¿Quieren ustedes que la avise?

—¿Dónde está su marido?

El tío Billy guardó silencio.

—¿Es acaso un rebelde?

—Está en el Ejército Confederado—repuso el negro con dignidad ofendida.

—¿Dónde está la señora? ¡A ver, registren la casa!... Debe estar escondida. Y tú, tráenos algo de beber.

—No tenemos más que sidra.

—Está bien. Tráenos sidra y comida...

Empezaron a registrar la casa. Al pasar junto a un armario ropero oyeron un ruidillo sospechoso. Abrieron el armario esquinando a la persona escondida a que saliera y vieron aparecer la temblorosa figura de un negro. Era Tommy, que había ido a buscar allí un refugio más o menos seguro.

—¿Qué hacías ahí? —tronó el sargento.

—Esta... ta... ta... taba toman... do el ai... sí... aire...—repuso el negro más muerto que vivo.

—¿Ahí dentro?

—Me gusta es... te... te... aire... es...

—¡Cállate ya y apártate de ahí!...

Tommy se apresuró a obedecer.

—¿Hallaste una puerta falsa?—interrogó el sargento al salir al pasillo, encarándose con uno de los soldados.

—No, señor...

—Busquen entrepaños secretos. Me da en la nariz que aquí hay alguien escondido.

Al oír la palabra "entrepaños", el tío Billy, que salía de la cocina con una bandeja de vasos y bizcochos, miró instintivamente hacia la puerta secreta tras de la cual estaban escondidas las dos niñas. Lo que entonces vieron sus ojos le produjo una emoción tan grande que se le nubló la vista y dejó caer la bandeja, causando el natural estrepito. En la precipitación del momento habían cerrado la puerta con tan mala fortuna, que un pedazo del vestido de Virginia había quedado enganchado entre las dos maderas y allí aparecía bien visible, como si quisiera poner a los enemigos sobre la pista...

—¿Por qué dejaste caer la bandeja?—gruñó el sargento acercándose al criado.

—No sé, no sé cómo ha sido:



debo haber tropezado con la alfombra—balhucó el buen hombre.

—Con la alfombra, ¿eh? ¡Apártala en seguida! Detrás de esta pared debe haber algún cuarto secreto.

En efecto, lo había, y dentro de él dos seres inocentes temblaban de miedo. El borde de la falda de Virginia las delató. Abierto el entrepuño, los soldados se precipitaron al interior del cuarto. El pedazo del vestido había sido cortado, pero detrás de un voluminoso cuadro colocado entre el suelo y la pared encontraron a... dos negritas. El gentilísimo rostro de Virginia había desaparecido tras una espesísima capa de betún, sacado de una caja que había sido dejada allí providencialmente. El rubio cabello había desaparecido también tras de un pañuelo anudado en la nuca. Era como si por arte de magia la señorita Virginia se hubiese convertido en una hermanita de Miriam, tan negra como ella y por lo tanto con derecho a ser respetada por los hombres que defendían su causa.

El sargento hizo salir a las niñas que se apresuraron a obedecer sin decir esa boca es mía, y al descubrir las botellas de vinos y licores se encaró con el tío Billy:

—¿Conque no tenías más que si-  
dra, eh?

En menos de un minuto el cuarto fué vaciado por completo. Los soldados habían decidido apoderarse del magnífico botín y ni siquiera los cuadros de familia y las delicadas porcelanas podían substraerse a su instinto de rapiña.

La más pequeña de las dos negritas se había escabullido y se disponía sin duda a ir a esconderse en otro sitio cuando el sargento tuvo a bien detenerla. Acababa de sentarse en una silla y estirando una pierna la ordenó con aire autoritario:

—¡Ven aquí!

La negrita obedeció.

—¡Quítame las botas...!

La niña obedeció también. Cogió una de las piernas del soldado, pero no fué precisamente para quitarle las botas, sino para darle un empujón y hacerle caer al suelo. El sargento, que tenía malas pulgas, se levantó hecho una furia y corrió en persecución de la atrevida mozoela, quien al verlo en aquella actitud tan agresiva, echó a correr como un gamo escaleras arriba, seguida del soldado, cuyas rudas manazas no tardaron en hacer presa en su delicado cuerpo. Sólo entonces se fijó el hombre en que las manos de la negrita eran prodigiosamente blancas y por otra parte, su rostro empezaba a desteñirse. En un brutal

manotazo le arrancó el pañuelo que envolvía su cabeza y apareció una cascada de rizos rubios...

—¡Vaya con la mozueta queriendo engañarme!—gritó el sargento sin dejar de zarandearla—. ¿Te dijo acaso tu papá que te embadurnaras la cara? ¿Dónde está tu padre? Quiero hablarle.

—Papá no hizo nada. Está muy lejos de aquí...—balbucó la infeliz Virginia.

En aquel momento apareció la madre. No había estado escondida. Sólo se había retirado a su cuarto para evitarse los peligros de un interrogatorio, al que no se sentía con fuerzas para contestar serenamente, y, mirando a través de los cristales de una ventana había visto atado a un árbol el caballo en que llegara su esposo, y comprendiendo que si el fatigado cuadrúpedo era descubierto por los yanquis, éstos lo revolverían todo por encontrar al fugitivo, armándose de valor, para rehuir las represalias del enemigo, salió al jardín y logró, sin ser vista, conducir el pobre caballo al establo.

Pero cuando el tío Billy fué a decirle que el escondrijo de su hija había sido descubierto y uno de los soldados estaba persiguiéndola, co-

rrió desalentada en auxilio de Virginia.

—¡No toque usted a mi hija!—gritó más que dijo, intentando hacerle soltar su presa.

Un vigoroso empujón del sargento la hizo vacilar y caer rodando por las escaleras. El soldado, al darse cuenta de su irreflexiva brutalidad corrió en auxilio de su víctima, intentando levantarla, al mismo tiempo que balbucaba una excusa:

—Perdone usted, señora... No le hice adrede...

La varonil silueta del coronel Morrison apareció entonces en el umbral de la puerta. Abarcó con una sola mirada la escena repugnante. Una mujer débil e indefensa, tratada brutalmente; una niña llorosa y amedrentada, y unos cuantos soldados medio borrachos, cargados con objetos diversos, disponiéndose a salir con su botín. Se acercó presuroso a la mujer, la levantó, sin que ella opusiese la menor resistencia, y con voz suave y pausada inquirió cortésmente:

—Señora, ¿se ha lastimado usted?

La mujer hizo un gesto negativo.

—Le ruego me diga quién ha sido el culpable para castigarlo como se merece...

La mujer vaciló. En su excesiva



bondad no se atrevía a acusar al culpable por temor a que su superior jerárquico castigase con excesiva severidad un acto irreflexivo. Fue la nena la que acercándose al yanqui, confiada en no ser reconocida bajo la espesa capa de betún que todavía encubría sus facciones, delató al autor del delito:

—¡Ha sido ese hombre! ¡Ha tirado a mamá por las escaleras porque quería pegarme y mamá quiso impedirlo!...

El coronel se mordió los labios. Un relámpago de ira pasó por sus ojos y cuando Virginia, aterrada, creyendo que la había reconocido e iba a mandar encarcelarla, se disponía poner pies en polvorosa, oyó la voz del jefe que ordenaba severamente, dirigiéndose a los soldados:

—¡Pongan esas cosas en su sitio! ¡En seguida!

Se volvió luego a su ayudante:

—¡Que den veinticinco latigazos al sargento Flynn! Investigue también si los otros son culpables y en caso afirmativo, cinco latigazos a cada uno...

Así castigaban los hombres del norte a los soldados que confundían una acción guerrera con un juego de brutalidad y rapiña.

Se inclinó de nuevo ante la dama:

—Señora... Siento en el alma lo ocurrido...

Y encarándose con la niña antes de que ésta hubiese tenido tiempo de escabullirse, le dijo sonriendo, al mismo tiempo que le limpiaba el rostro con el pañuelo:

—¿Has estado subiendo por la chimenea, pequeña rebelde?

Dos gruesos lagrimones se desprendieron de los hermosos ojos de Virginia. La emoción de ver a su madre tratada de aquella manera tan brutal por el sargento había sido más fuerte que su voluntad de mantenerse erguida y orgullosa delante de sus enemigos.

—Mi papá matará a todo su ejército por eso que han hecho con mamá—gritó, sin poder contenerse.

—Y yo no se lo tendré en cuenta —repuso el coronel, flemático, obligándole a sonarse.

El rencor de la niña no le impidió ser cortés con quien tan galantemente se portaba con ella.

—Gracias —murmuró entre dientes.

—Ahora vete a jugar. Te prometo que los yanquis no volverán a molestarte más, aunque utilices tu honda...

La niña obedeció. No la tenía todas consigo y temía que aquel señor se arrepintiese de su generosi-



dad antes de que ella hubiese tenido tiempo de ponerse a salvo y la mandará encarcelar.

Cuando el coronel y la señora Gary quedaron solos, éste se creyó obligado a hacerle algunas preguntas aun sabiendo de antemano que no obtendrían respuesta satisfactoria:

—Señora, siento decirle que hemos descubierto la pista de un explorador rebelde y que tengo fundados motivos para suponer que este explorador es su marido.

—No sé nada de eso...

—Señora, es inútil todo disimulo. Sé positivamente que se trata de su marido. Dígame, ¿lo ha visto hoy?

La esposa de John Gary sonrió tristemente. Miró al hombre que acababa de hacerle una pregunta que le parecía absurda e inútil; le miró, no con aire de desaffa, porque no sentía animosidad contra él, sino con una mirada casi de simpatía, una mirada que invocaba el espíritu de comprensión de que había dado muestras el coronel yanqui.

—Dígame usted, señor. ¿Cree que yo se lo diría? —insinuó dulcemente.

El coronel sonrió también.

—Tiene usted razón. Está en su derecho, como yo lo estoy en el

mío interrogándola. Perdone usted y...

Uno de los soldados entró en aquel momento, portador de una noticia importante. En la cuadra de la casa había encontrado un caballo con signos evidentes de haber hecho recientemente una larga caminata.

—Mande inmediatamente dos soldados, los mejores tiradores, al cruce del...

No pudo terminar la frase. Acababan de oírse tres disparos consecutivos hechos a corta distancia de la casa. El coronel sonrió, y miró a la señora Gary, como interrogándola. Los ojos de la mujer permanecieron bajos y recatados, pero sus labios murmuraron un "gracias, Dios mío" mucho más elocuente que todo lo que hubiera podido decirle. El coronel volvió a sonreír, esta vez con suave expresión de ironía, y más que por otra cosa, para oír de labios de ella la confirmación de sus sospechas, inquirió:

—Señora, ¿podría usted decirme quién es el autor de esos disparos?

—Para mí han sido como una bendición del cielo. Es lo único que puedo decirle—repuso la mujer con tono dulce y sosegado.

—Entonces, ya nada nos queda que hacer aquí. Nuestro hombre

ha logrado cruzar el río y llegar a las filas enemigas...

Virginia apareció de nuevo. Quería ver cómo terminaba aquel difícil interrogatorio al que el yanqui había creído conveniente someter a su mamá. Tuvo la satisfacción de comprobar que su temible enemigo era tan cortés con su madre como lo había sido con ella, aunque menos cariñoso. Al despedirse de él tuvo ocasión de comprobar este último detalle, viendo que para hacerlo de su mamá se limitaba a inclinarse cortésmente, mientras que para decirle adiós a ella la cogió en sus brazos sin hacer maltrato caso de sus protestas ni de sus miradas in-

cendiarías, y la besó repetidamente en sus frescas y limpias mejillas, libres ahora de la capa de betún tras la cual había querido ocultar su blanca personalidad.

—Adiós, pequeña rebelde — le dijo cariñosamente.

—Adiós... yanqui — repuso la niña, poniendo todo el rencor en la palabra.

Pero cuando, al llegar a la puerta de la casa, el coronel se volvió para darle un último y definitivo adiós, la pequeña rebelde, en lugar de contestarle con una agresión, le dedicó la más dulce y encantadora de las sonrisas.

### CAPÍTULO III

Al día siguiente, por la mañana, se reanudó de nuevo la ofensiva de los ejércitos del norte, después de una tregua de tres días, ocupados en reforzar sus posiciones. En aquel sector, el norte era el invasor, mientras que el ejército del sur no podía hacer otra cosa que defender

palmo a palmo su terreno, dejándose aniquilar antes de iniciar un movimiento de retirada.

Aquella batalla fue una de las más sangrientas y encarnizadas de las que se habían librado desde el principio de las hostilidades y en ella perdieron la vida millares de

hombres unidos por los lazos del idioma, de la raza y hasta de la sangre... Era la guerra, empleada esta vez como medio para conseguir que prevaleciese un noble sentimiento de humanidad sobre mezquinos intereses, pero guerra al fin, con todo su cortejo de horrores...

Durante todo el día se combatió duramente, y cuando las sombras de la noche descendieron sobre la tierra, el combate se hizo todavía más encarnizado, intensificándose el bombardeo en ambos sectores, y aquel pacífico pueblo que se encontraba en el centro de la línea de fuego, sufrió sus terribles consecuencias. Virginia y su madre permanecieron todo el día rezando y pidiendo a Dios por la vida del ser querido, que al otro lado del río defendía bravamente un pedazo de tierra tan suyo como del invasor, puesto que formaba parte de una misma nación y hermanos de raza eran todos los que habían nacido en el mismo suelo...

Pero cuando empezaron a caer granadas en su misma casa y el tío Billy corrió despavorido a anunciarles el peligro que corrían si se obstinaban en permanecer en ella, decidieron abandonarla.

Elovía torrencialmente, Rosalía Gary, llevando en brazos a su hija

medio dormida, salió precipitadamente, acompañada del tío Billy. Ya hacía rato que los demás esclavos habían ido a buscar refugio a un pabellón situado al extremo del jardín; los tres fugitivos trataron de ir a reunirse con ellos, pero el fuego se había intensificado en tal forma que hacía imposible todo intento de cruzar el jardín, sobre el cual caía una lluvia infernal, de balas y granadas, destruyéndolo todo, arrasándolo todo, sembrando por doquier la desolación y la muerte... El estallido de las granadas se mezclaba con el retumbar del cañón y el fragor de la tormenta, que seguía descargando, como si los elementos hubieran querido asociarse a aquel infernal espectáculo.

La madre de Virginia, con su hija y el esclavo negro, se vió obligada a guarecerse bajo unos árboles. Desde allí, desde aquel refugio inseguro, temiendo, o tal vez deseando, a cada momento, que llegara la muerte a librarles de aquella pesadilla, hubieron de asistir impávidos a la destrucción total de la casa, aquella casa que estaba asociada a la época más feliz de la vida de Rosalía Gary y a la vida entera del tío Billy...

Y en aquellas terribles horas de prueba, Rosalía Gary y el tío Billy, aquellos dos seres separados



por un abismo de raza, se sintieron más unidos que nunca, en un sentimiento de solidaridad que engendra la desgracia y el peligro, un sentimiento superior a los malhadados prejuicios de los hombres...

Y tal vez en aquellas horas de horrible tortura, de aquel hombre del sur, el capitán de los confederados que luchaba en las filas de los que no querían abolir la esclavitud, comprendió mejor que nunca que en aquella guerra injusta, cruel, inhumana, como todas las guerras, los hombres del norte defendían la causa más noble...

Cuando las primeras luces del

alba volvieron a iluminar aquel cuadro de desolación y muerte, cuando el cañón hubo enmudecido y el cielo entrojeció al reflejo del sol naciente, aquellos dos seres que habían vivido una eternidad de dolor en una sola noche, eran dos sombras pálidas y tristes bajo el horror de la visión dantesca... Sólo Virginia, arropada hasta los ojos en la capa de su madre, había podido dormir su sueño de inocencia, cerrando voluntariamente los ojos a aquel cuadro de maldad y horror que los hombres, crueles, se habían empeñado en mostrarle...



Tres semanas después, el capitán John Gary recibía una visita inesperada. La visita del tío Billy.

Cómo y en qué circunstancias había logrado aquel hombre atravesar la línea enemiga, era cosa que no podía comprender quien no conociera la capacidad de abnegación que había en el esclavo humilde

y sereno, temerario sólo cuando el deber lo imponía, no por valor espontáneo, sino por espíritu de abnegación, por sentimiento de amor y fidelidad a sus amos...

—¡Gracias a Dios que lo he encontrado!—exclamó cuando el sargento le permitió el acceso al interior de la tienda de su amo.

—¿Qué pasa, Billy? ¿Qué sucede en mi casa? ¿Cómo has podido llegar hasta aquí?

—Señor, tengo que darle una mala noticia — dijo el criado tristemente—. La señora está muy grave. En la última ofensiva las granadas destruyeron la casa. Hubimos de permanecer una noche entera a la intemperie bajo la lluvia y la señora se resfrió. Ha pasado unos días delirando, llamándole a todas horas... No hace más que llamarlo. Hace tres semanas que cayó enferma y una semana que le ando buscando...

—¡Tío Billy! ¡Tío Billy! — exclamó Gary mirándole ávidamente.

—¿No me ocultas algo peor que eso? ¿No habrá muerto mi mujer?

—No, señorito John, no. Si fuese así yo no habría venido a buscarle. ¿Para qué exponer su vida inútilmente? Pero ella le llama, le llama sin cesar, día y noche, en todo momento...

—Y Virginia, ¿cómo está Virginia?

—La niña está muy bien, gracias a Dios, pero la señora le necesita a usted. Tal vez su presencia logre mejorarla... Tengo unos troncos listos para cruzar el río, pero tendremos que hacerlo antes de que amanezca si no queremos ser descubiertos.

Protegidos por las sombras de la noche, arrastrándose por el suelo como serpientes, andando con grandes precauciones, conteniendo el aliento, con los ojos muy abiertos tratando de otear la oscuridad para descubrir la presencia del enemigo, así cruzaron la línea de fuego y así lograron John Gary y su fiel esclavo llegar al término de su viaje, al final del cual les esperaba un pobre ser que no quería morir, se, no podía morir sin ver por última vez al ser amado, sin mirarse en el fondo de aquellos ojos queridos, sin oír la voz adorada pronunciar unas palabras que fueran como un adiós supremo...

Las vicisitudes pasadas en aquellos últimos meses habían hecho adquirir a la gentil Virginia un amargo caudal de experiencia. Sin dejar de ser la niña graciosa de seis años de edad, traviesa e infantil, había adquirido cierta gravedad, cierto aire de persona consciente y responsable que se traducía en todas sus acciones y, sobre todo, en el amoroso cuidado con que atendía a su madrecita enferma, secundada por los esclavos, en cuyo humilde pabellón habían tenido que ir a buscar refugio las que en un tiempo que a ambas les parecía lejano, muy lejano, como perteneciente a un pasado que jamás vol-

vería, habían sido las señoras de la suntuosa residencia. La vida es a veces la más severa y aleccionadora de todas las maestras.

Hacia un largo rato que su madre permanecía silenciosa y Virginia, pensando que tal vez estaría durmiendo, se acercó de puntillas para comprobarlo. No, su madre no dormía. Tenía los ojos cerrados, pero al sentir que su hija se acercaba se apresuró a abrirlos para contemplar ávidamente aquel pedazo de su corazón que pronto dejaría de ver para siempre... Al pensar en aquello, se humedecieron sus ojos. Bajó los párpados para ocultar sus lágrimas y preguntó ansiosamente:

—Virginia, cariño, dime... ¿Hace mucho que se marchó el tío Billy?

—No, mamita, no. Mira de dormir un poquito y cuando te despiertes el tío Billy estará ya de regreso con papá...

—Quizá no haya podido cruzar las líneas enemigas...

—Para tío Billy no hay nada imposible... Ahora tengo que ayudar a Miriam a arreglar la casa...

Se acercó a su madre y la besó en la frente. Los párpados de ésta volvieron a abrirse para mirar a su hija con una expresión intensamente dolorosa. Luego, cogiendo

una manita de la niña y estrechándola entre las suyas, murmuró:

—Mamá se siente muy orgullosa de ti... Eres una verdadera ama de casa... Ahora mamá ya podrá irse al cielo tranquila, porque te dejará a ti para sustituirla al lado de papá... Pero ¿qué es eso, estás llorando? ¿Estás llorando acaso porque mamita quiere irse al cielo a esperar desde allí que tú y tu papá vayáis a reuniros con ella?

—No lloro — repuso la niña enjugándose los ojos con el revés de la manga—. Es que los tengo irritados...

—¡Vamos, vamos, no llores si no quieres que me ponga peor! Pronto vendrá papá y entonces todo se arreglará...

—Todo el ejército yanqui sería incapaz de impedir venir a papá si el tío Billy ha podido encontrarlo...

En efecto, Virginia no se equivocaba. En aquel preciso momento llegaban su padre y el tío Billy.

Entró John Cary en el modesto pabellón que él había hecho habilitar para sus esclavos con el fin de que viviesen como seres humanos y no como bestias, se inclinó hacia la cama de su mujer y vio un rostro pálido, terriblemente demacrado, unos ojos hundidos en unas ojeras violáceas, unos labios contraídos por un rictus doloroso... Aquel ros-



tro terriblemente desfigurado por la enfermedad era una sombra de la mujer amada, una sombra que pronto, muy pronto, se desvanecería por completo...

Rosalía habló y sus palabras, aunque pronunciadas en voz baja, fueron como un grito de su alma dolorida.

—¡John, amor mío, ya sabía yo que volverías! No podía morir sin que tú llegaras. Tenía que verte por última vez, tenía que despedirme de ti, tenía que encargarte a mí Virginia, a nuestra Virginia...

Los labios temblorosos de John se posaron sobre la frente ardorosa de la madre, y al sentir su contacto ella bajó los párpados, entre cuyas pestañas temblaba una lágrima...

Durante un buen rato sólo se oyó la respiración fatigosa de la enferma. Su disnea iba en aumento, y ahora que ya había visto al ser amado, parecía que la muerte, detenida hasta aquel momento por la voluntad férrea de la paciente, tuviera prisa para consumar su obra... John lo comprendió así, comprendió que se acercaba un desenlace y que nada ni nadie podría detener el trágico destino de aquella criatura condenada a morir en plena apoteosis de juventud y belleza... Siguióla acariciando suavemente en

los ojos, en la frente, en las mejillas, enjugando el sudor que perlabá su frente, sosteniéndola en sus brazos cada vez que un nuevo ataque de tos venía a sacudir aquel pobre cuerpo que pronto empezaría a helarse con el frío de la muerte...

Virginia se acercó a la cama. Inconsciente de la extrema gravedad de su madre quería compartir la compañía de sus padres ahora que ya se habían dicho todo lo que tenía que decirse. Al ver a su madre con los ojos cerrados creyó que se había dormido y dijo en voz muy baja para no despertarla:

—Mamá está muy malita, ¿verdad? Pero pronto se pondrá buena...

El padre la estrechó contra su corazón en silencio...

—¿Verdad que se pondrá buena? —insistió la niña,

—Escucha, Virginia. Tienes que ser muy valiente.

—¿No puedo ser valiente y desear que mamá mejore?

El padre acarició su linda cabecita.

—Mamá se va a dormir y va a soñar con los dos seres que más quiere en el mundo. Contigo y conmigo.

—Anoche soñé contigo, soñé que me contabas un cuento de hadas muy bonito, muy bonito. El hada tenía la cara de mamá cuando es-

—Virginia, no me inclinés más por temor a romperme los pantalones.



—Dios había querido concederle la dicha suprema de la maternidad.



—¿Es que va a comenzar otra guerra?



—¿Se acabará pronto la guerra, papá?





—No quiero que me despidas con lágrimas. A ver, sonríele un poco.



—¿Te dijo acaso tu papá que te embadurnaras la cara?



En aquel momento la enferma tuvo un nuevo acceso de tos.



—¡Papá, papá, no me dejes!



—Id a vuestros caballos, pero sin apresuráros, que  
no vean que pretendáis huir.



El esclavo y Virginia  
siguieron bailando.





—Estamos solos. Papá se marchó hace una hora. Yo lo vi cruzar el río.



—El coronel Morrison desea que lleva esta niña a través de nuestras líneas.



—¿Me quieres, Virginia?

—Mucho, mucho. Usted es mi segunda papá.



Uno de los bailarines era un esclavo negro y el otro... una niña rubia como el oro y linda como una muñeca.



Gracias a la generosidad de la gente del norte habían logrado recoger el dinero necesario.



Al lado de la gentil festejada tomaron asiento los "dos papás" de Virginia.



taba buena, cuando no había guerra y teníamos nuestra casa y estábamos todos muy contentos...

En aquel momento la enferma tuvo un nuevo acceso de tos. Gary saltó a su hija para correr a sostenerla. El tío Billy, que había permanecido en un rincón del cuarto llorando en silencio, comprendió que aquel acceso era el principio del fin, y acercándose a la cama de la enferma, cogió a la niña del brazo y sin hacer caso de sus protestas se la llevó afuera...

Y cuando la voluntad de Dios se hubo consumado, cuando los ojos queridos se hubieron cerrado para siempre, cuando John arrodillado a los pies de la cama de su mujer hubo rezado su plegaria por la muerta, el padre, sobreponiéndose al dolor de marido, fué al encuentro de la niña para decirle que su madre se había ido por fin al cielo, que había cesado de sufrir, que la paz había descendido sobre ella, y recomendarla que la recordase como algo muy bello, muy bello, como un cuento de hadas...

—¡Papá, papá, no me dejes!— murmuró Virginia abrazándose a su padre como si tuviese conciencia de lo que representaba la pérdida del ser querido—. ¡No me dejes, papá, to!—repitió una y otra vez, llorando a lágrima viva.

—¡Nunca te dejaré, bien mío, nunca!

Y así fué como John Gary decidió llevarse consigo a su hija, llevársela a través de las filas enemigas a casa de una parienta suya en Richmond. Se exponía a ser descubierto y a que lo fusilasen, pero ¿qué importaba ahora aquello? ¿Qué le importaba ya la vida? En aquel momento su dolor era tan intenso que habría recibido la muerte como una bendición si no hubiese sido por aquel pequeño ser, por aquel pedazo de su alma que lloraba junto a él, estrechándose más y más contra su pecho, buscando el amor y la protección que necesitaba para seguir adelante por la vida...

El entierro de Rosalía Gary fué trágico en su miama sencillez. Fué enterrada el mismo día de su muerte, horas después, en una humilde caja igual a las que se usan para enterrar a los soldados, y bajo tierra, en aquel cementerio del pueblo, mucho más triste ahora que lo poblaban tantas cruces de madera, todas iguales, con las sencillas y patéticas inscripciones de soldados muertos. ¿No era ella también como un soldado? ¿No era una víctima más de aquella contienda fratricida? Sólo asistieron al entierro su marido, llevando del brazo a la

niña, y los esclavos que quisieron rendir un último y piadoso tributo a su amita muerta, acompañándola a su última morada con sus cánticos fúnebres, tan bellos y tristes como todos los cantos de los negros.

El regreso por la carretera polvorienta, bajo un sol de plomo, fué de una tristeza infinita. Las tormentas de espíritu que habían caído últimamente sobre el infortunado padre de Virginia no lograron quebrantar su entereza en el momento del entierro. Pálido y desencajado, con los ojos llorosos, pero sin derramar ni una sola lágrima, acompañó los despojos de la mujer adorada, y sólo cuando todo hubo terminado, cuando la última paletada de tierra cayó sobre el féretro, tuvo un momento de debilidad y se echó a llorar desconsoladamente.

A punto de llegar a aquel pedazo de yermo desolado, en el cual se había elevado un día la casa que fué de sus mayores, John le dijo al tío Billy:

—Prepara las cosas de la señorita Virginia. Me la llevaré conmigo ahora mismo.

Pero, en aquel momento, en un recodo de la carretera aparecieron las figuras de tres o cuatro jinetes. Eran los soldados yanquis. John, sin perder la calma, a pesar de com-

prender el peligro que corría si era descubierto, ordenó a los criados:

—Id a vuestras cabañas, pero sin apresuraros. Que no os vean que pretendéis huir...

El, con su hija y el tío Billy, fué a esconderse en otra cabaña. En seguida el padre de Virginia abrazó a su hija y mirándola fijamente, como si quisiera hacerle comprender la importancia que tenían las palabras que iba a pronunciar, le rogó:

—Escúchame, hija mía. Jamás has dicho una mentira, ¿verdad?

La niña le miró sorprendida. ¿Cómo podía ocurrírsele a su papaito hacer una pregunta semejante? Bien sabía que su hija era traviesa y, hasta a veces, un poco discol, pero no mentirosa. Su madre le había enseñado a aborrecer la mentira desde muy pequeña y la hija había correspondido al esfuerzo de aquélla para inculcarle la sinceridad...

—No, papaito. Tú sabes que yo nunca digo mentiras.

—Pues bien: ahora tienes que decirles una a los yanquis, a estos yanquis que vienen por la carretera, si pasan por aquí y se detienen.

—¿De verdad, de verdad tengo que decir una mentira?—inquirió Virginia extrañada de que su papá



pudiera aconsejarle una cosa semejante.

—De verdad, de verdad. \* Se trata de salvar a tu papáto.

—Entonces la diré. ¿Cómo es la mentira que tengo que decir?

—Dí que estuve aquí, pero que me marché hace una hora...

—Diré que te marchaste hace una hora...

—Y que me viste cruzar el río...

—Que te vi cruzar el río—repitió la nena como un eco. Y de pronto, mirando a su padre con sus ojos ingenuos, inquirió:

—¿Querría el general Lee que yo dijese una mentira?

—¡Claro que sí, hija mía! Si el general no quisiera yo no te lo pediría... Ahora voy a esconderme en el granero, subiendo por esa puerta del techo. Si quieres a tu papá no harás ni un solo gesto, ni darás una sola mirada que pueda hacerles sospechar dónde me escondo. ¿Comprendes lo que quiero decirte, hija mía? Después de haberles mentido diciéndoles que yo me he marchado hace una hora, debes comportarte como si yo estuviese realmente fuera, en lugar de permanecer escondido aquí mismo. Baila, juega, haz cualquier cosa, acompañándote el tío Billy...

—Está bien—dijo la niña seria-

mente, con una gravedad impropia de sus pocos años.

John se volvió entonces hacia el esclavo.

—Prepara tu armónica. Cuando los yanquis vengan, bailad los dos y disimular lo mejor posible...

Con la ayuda de una mesa subió John a su escondite. Apenas había tenido tiempo de desaparecer y el criado de apartar la mesa para no despertar sospechas, abrióse la puerta de la cabaña y apareció en ella... el coronel Morrison en persona, quien al ver la graciosa pareja formada por la niña y el negro bailando el claquet se detuvo en el umbral para contemplarlos con la sonrisa en los labios...

El esclavo y Virginia siguieron bailando un corto rato, ajenos al parecer a todo lo que no fuera divertirse. Cuando se volvieron y se encontraron con el espectador improvisado, ambos fingieron admirablemente un gesto de sorpresa. El de la nena fué casi sincero. Esperaba la visita de un yanqui, pero no la de *aquel yanqui*. ¿Es que el coronel se había propuesto perseguirla? Era la tercera vez en un mes, que recibía su visita.

Las manos del coronel se juntaron en un aplauso sincero. El espectáculo que acababan de darle gratuitamente el negro y su dimi-



nuta acompañante no podía ser más divertido y gracioso. Elogió sinceramente:

—Muy bien, muy bien. Admirable...

Se acercó a la niña y le dio un beso sin que esta vez Virginia opusiese la menor resistencia.

—¿Cómo está la pequeña rebelde?—preguntó...

—Muy bien, *yanqui*...

El yanqui echó una ojeada a la cabaña.

—¿Habéis venido aquí para ensayar el baile?—inquirió.

—¡Sí, señor! —repuso el negro respetuosamente—. La niña quiere dar una sorpresa a mis compañeros...

—Muy interesante... ¿Están solos los dos?

Y, entonces, la ingenuidad de Virginia, su poca costumbre de mentir, sus hábitos de sinceridad que la hacían inhábil para el fingimiento, la perdieron. En su precipitación para sacarse aquel peso de encima, decidió decirlo en seguida...

—¡Sí! Estamos solos. Mi papá se marchó hace una hora; yo le vi cruzar el río... —dijo muy apurada, como si recitase una lección aprendida de antemano, palabra por palabra.

El tío Billy se mordió los labios. El yanqui sonrió...

—Muy bien, muy bien —dijo el último después de una corta pausa, empleada en escudriñar el rostro del negro. Pero el rostro del tío Billy permanecía impenetrable. Decidió recurrir a la ingenuidad de la niña para descubrir al rebelde que —ahora no le cabía ya ninguna duda— debía estar escondido por allí...

—¿Qué hacía tu papá aquí? —preguntó a quemarropa.

—Vino porque mamá estaba muy enferma y siempre le estaba llamando. Pero ella se marchó esta mañana. Se fué al cielo, ¿sabe usted? Y luego...

Los ojos de la niña se llenaron de lágrimas. El coronel se puso repentinamente serio y dirigiéndose al negro inquirió:

—¿Es cierto eso?

—Sí, señor...

El yanqui cogió entonces a la niña, la atrajo a sí, acarició sus rubios cabellos...

—¡Pobrecita mía!... Lo siento mucho, mucho, pero no flores. Si mamá está en el cielo, no tienes por qué llorarla...

—Papá dijo que la recordase como una cosa muy bella...

—Tiene razón tu papá. Yo también tengo una niña de tu edad...

—¡Ah! ¿sí? ¿Y cómo se llama?

—Se llama Luisa, como su madre.

—¿Tiene un caballito como yo?  
¿Y todo lo que quiera de comer?

Se detuvo apenada al ver que el coronel no la atendía. Los ojos del militar estaban fijos en el suelo en donde podían verse unas rayas oscuras, que iban desde el rincón de la cabaña, donde estaba la mesa, hasta el centro mismo de la estancia.

—¿Y estas marcas en el suelo? — preguntó severamente y acercándose a la niña en actitud amenazadora.

—Las hice con los pies... — repuso la niña asustada al ver el brusco cambio de aspecto de aquel hombre que en todo momento había sido tan cariñoso con ella.

—Y eso, ¿qué es? — conminó el coronel Morrison señalando el techo—. ¿Una puerta falsa tal vez?

Había sacado su pistola y su aspecto era cada vez más amenazador. No parecía el mismo hombre que unos momentos antes se había inclinado para besarla cariñosamente.

Virginia y el tío Billy se miraron aterrados, pero no dijeron una sola palabra.

—¡Tu papá está ahí! — dijo entonces el coronel Morrison acercándose a la niña que retrocedía

temblorosa—. ¡Tu papá está ahí!...

—¡No, no, no! — repitió una y otra vez la criatura desprovista.

—¡No mientas! ¡Está aquí y tiene una pistola!... Dime la verdad o te pego...

Antes de que hubiese tenido tiempo de cumplir su amenaza se abrió la puerta falsa del techo y apareció el perseguido. Llevaba, en efecto, una pistola, pero no parecía dispuesto a servirse de ella.

El coronel se volvió rápidamente y le apuntó con la suya... conminándole para que se rindiese. La advertencia era obvia, puesto que el capitán Gary no parecía tener propósitos agresivos. Descendió de un salto y siempre amenazado por la pistola del coronel fué a colocarse de cara a la pared con los brazos en alto.

La desesperación de Virginia al ver aparecer a su padre fué tan grande que se tradujo en una explosión de llanto. Colocándose entre él y el coronel, como si quisiese interponerse entre la víctima y el verdugo para implorar misericordia, se abrazó a las rodillas del autor de sus días gritando desesperadamente:

—¡Papaíto, papaíto querido! ¡No he sabido mentir! ¡No he sabido mentir!...

Entonces el coronel guardó su

pistola, se acercó a la niña, la cogió por la mano, y le dijo cariñosamente:

—¡Pobre chiquilla! — dijo con voz cariñosa—. Perdóname por haberte asustado. Tú no supiste mentir, ni yo habría sabido pegarte. No pensaba hacerlo de ningún modo. Sólo quise descubrir a tu padre. Sabía que era la única manera de lograr que saliese de su escondrijo... Ahora vete de aquí. Tengo que hablar con tu padre. No temas. No le haré ningún daño. Sólo quiero hacerle algunas preguntas.

Su padre, viendo que la niña se resistía a obedecer, la cogió en sus brazos y la besó fervorosamente.

—Anda, vete, alma mía. Vete con el tío Billy, que yo iré en seguida a reunirme contigo...

La niña hizo un gesto de asentimiento. Estaba dispuesta a obedecer, a hacer todo lo que le ordenase el yanqui, con tal de que no hiciese ningún daño a su papaito.

Cuando Virginia y el criado hubieron salido, el capitán Gary se volvió a su enemigo y le dijo con entonación suplicante:

—Sucedá lo que suceda le ruego que no asuste a mi hija.

—No tema usted nada. ¿Por quién me ha tomado usted, capitán Gary? Le juro que antes me habría

dejado cortar una mano que pegar a su hija... También yo tengo una y...

Se detuvo, miró a su enemigo cara a cara, con una mirada franca y leal, una mirada de hombre noble... y bueno.

—¿Dígame, capitán Gary? ¿Lleva usted algún documento?

—Regístreme usted — repuso el interrogado con voz firme.

—¿Por qué vino usted aquí?

—Vine a ver morir a mi mujer y a cumplir con el deber sagrado de cerrar sus ojos. Cuando ustedes nos sorprendieron acabábamos de regresar del entierro... Eso es todo. Ahora me proponía cruzar las líneas enemigas para llevar a mi hija a Richmond. Ya ve usted que no le oculto nada... ¿Para qué? Sólo le pido que sea usted bueno con mi hija y la conduzca al lugar a donde iba a conducirla yo. Dígame que regresaré pronto...

El capitán Gary se calló al ver que su enemigo, en lugar de atender sus palabras, parecía muy interesado en observar su figura. Le miraba de arriba abajo, y de abajo arriba, parecía cotejar sus estaturas respectivas, incluso se alejó un poco para mirarle mejor; luego se quedó un largo rato pensativo, y cuando ya Gary iba a preguntarle el motivo de aquel examen tan mi-



nucioso, oyó la voz del yanqui que decía tranquilamente:

—¡Sí, sí! Tiene usted mi estatua poco más o menos. Estoy seguro de que le habría de quedar muy bien un uniforme mío.

Y antes de que Gary pudiera decir una palabra, continuó cada vez más flemático:

—Dejé uno en la plantación Cartwright, no lejos de aquí. No podría evitar que usted lo robase, sí, por ejemplo, *lograra usted evadirse con su hija*. Con él podría pasar impunemente las líneas enemigas y llegar a Richmond. El uniforme sería el mejor pasaporte, pero a pesar de todo le daré uno mío...

Y como John Gary no se atrevía a creer que fuese cierto lo que sus oídos estaban escuchando, añadió acercándose a él y mirándole fijamente a los ojos:

—No lo hago por usted, lo hago por su hija. Nosotros los yanquis *tampoco* le hacemos la guerra a las criaturas inocentes. No me mire así, capitán John Gary. Tengo la seguridad de que usted en mi lugar habría hecho lo mismo...

Hubo una pausa emocionada. Luego el coronel Morrison al ver que su *enemigo* seguía sin acertar a pronunciar una sola palabra, continuó:

—No he de ocultarle el gran pe-

ligro que significa para usted si llegan a descubrir su verdadera personalidad y le capturan con mi uniforme. Pero si usted quiere librarse de esa pesadilla, no le queda otro remedio que correr ese riesgo...

—¿Y usted, coronel Morrison?... ¿Y usted? También usted corre un riesgo terrible. Si llega a descubrirse...

El coronel Morrison se encogió de hombros.

—La guerra es la guerra, *amigo mío*. ¡Ojalá logre usted llegar a su destino! Sólo le pido una cosa a cambio de ese buen deseo. Olvide usted todo cuanto vea al pasar por nuestras líneas. Todo, absolutamente todo... ¿Me comprende usted?

—Le doy mi palabra de honor...

—Me basta con que me dé usted su palabra de soldado...—repuso el coronel sonriendo.

Y aquellos dos hombres, el hombre del sur y el hombre del norte, se unieron unos momentos en un estrecho abrazo.

En seguida llamaron a la niña. Era necesario ponerse en camino lo más pronto posible. Virginia corrió a los brazos de Gary y acercando su boquita al oído del padre inquirió:

—¿Ha sido bueno contigo el yanqui?

—Muy bueno, hija mía, mucho más bueno de lo que tú puedas imaginarte. Anda, ve con él y dale un abrazo muy apretado.

La niña obedeció. Pasó sus brazos gordos alrededor del cuello del yanqui y le besó efusivamente en ambas mejillas. El coronel Morrison recibió aquellas caricias como una bendición del cielo, pensando tal vez en los brazos de su hija que allá en el norte esperaba ansiosamente su regreso.

—¿Sabe?—dijo después hablándole también al oído—. Yo sabía que usted no me iba a pegar. Es usted muy bueno... Papá acaba de decírmelo... Lo suficientemente bueno para ser un confederado.

Se despidieron precipitadamente. Morrison se acercó a la ventana y desde allí los vio alejarse en dirección al río. Un momento después entraron algunos soldados, diciendo que no habían podido dar con el rebelde.

—Y, no obstante, estoy seguro de que anda por ahí—repuso el coronel hipócritamente.

Uno de los soldados, que se había acercado a la ventana, vio el grupo formado por Gary y la niña, junto con el tío Billy y dió la voz de alarma.

—¡Ahí va uno, ahí va uno!... ¡Es un rebelde!

Pero la voz del coronel vino a echar un jarro de agua fría sobre sus entusiasmos.

—¡Qué va a ser! Son dos esclavos, uno negro y el otro mestizo, con su hija...

Afortunadamente el sombrero que llevaba puceto Virginia ocultaba por entero sus hermosos rizos rubios. De no haber sido así le habría resultado muy difícil al excelente coronel, hacer creer a sus hombres en el *mesticismo* de la niña.

## CAPITULO V

Aquella misma noche un cochecillo tirado por un caballo bayo volaba más que corría por la carretera que conducía a Richmond. Ocupaban el cochecillo un hombre y una niña. El hombre vestía el uniforme de los yanquis del norte y la niña iba enteramente envuelta en una capa negra que sólo dejaba entrever una carita de cielo y unos rizos dorados asomando por debajo de la capucha. Atravesaban rápidamente poblados y bosques, sin detenerse, pasando por varios campamentos del ejército del norte, y cada vez que esto sucedía el hombre se volvía hacia la niña para decirle unas palabras incomprensibles.

—Virginia, hija mía. Procura olvidar todo lo que ves... Cuando lleguemos a Richmond no digas a nadie, ni siquiera a tu tía, que has visto estos campamentos, ni en dónde los has visto.

La niña habría querido decirle a su padre, que no era necesario repetirle tantas veces lo mismo, entre

otras razones, porque ni sabía en dónde se hallaba ni qué caminos recorrían, ni por qué viajaban de noche con tanta rapidez y sigilo, ni muchas otras cosas que para ella resultaban completamente incomprensibles. Habría querido preguntarle también porqué siendo confederado vestía aquel traje de los soldados del norte, los odiados yanquis, que contaban, sin embargo, con sus simpatías desde que había conocido al coronel Morrison. Muchas otras preguntas asomaban a los labios de Virginia, que en su infantil curiosidad habría querido saberlo todo, pero cada vez que intentaba hacer alguna pregunta, su padre le tapaba la boquita y le obligaba a callarse diciéndola que si eran descubiertos por aquellos hombres que dormían en las tiendas de campaña levantadas a ambos lados de la carretera estarían perdidos y perderían también al coronel Morrison que tan bien se había portado con ellos.



De pronto, en un recodo de la carretera, llegó hasta ellos el ruido de unas pisadas de caballos. John Gary se sobresaltó visiblemente y detuvo el tilburi.

—Oigo pisadas de caballos... — murmuró casi consigo mismo.

—Sí, papá, yo también las oigo, pero si son los yanquis puedes enseñarles el papel que te dió el...

No pudo terminar la frase porque su papá le volvió a tapar la boca con la mano.

—Calla, calla. No repitas eso, ni vuelvas a pronunciar el nombre del coronel en tu vida... ¿oyes lo que te digo?

—Sí, papá—aceptó la nena sumisamente sin acabar de entender todo aquello. Después se rascó la linda cabecita y comentó filosóficamente:

—No me gusta nada este sitio.

Verdaderamente aquel viaje nocturno a través de bosques frondosos, iluminados de trecho en trecho por las fogatas que habían encendido los soldados del norte para protegerse del frío, estaba muy lejos de resultar agradable. Anduvieron un largo trecho sin que volvieran a oírse otras pisadas que las de su propio caballo que seguía corriendo velozmente, pero al fin llegó el momento tan temido. Al cruzar uno de los campamentos un solda-

do les dió la voz de alto. John Gary detuvo inmediatamente el coche y le mostró el salvoconducto del coronel Morrison...

—Está bien—aceptó el yanqui—pero ¿por qué no va usted por el camino principal?

—Hemos tomado este atajo para ir más de prisa.

El soldado dirigió entonces su mirada a aquel pequeño bulto que rebullía al lado de su supuesto compañero de armas y al ver que se trataba de una niña le dedicó una sonrisa. Virginia bajó entonces la capucha y se mostró al centinela en toda su belleza. El soldado volvió a sonreírle y la niña se creyó autorizada a dirigirle la palabra:

—¿Es usted papá de alguna niña?—inquirió sonriéndole también.

—No. Tengo un niño...

—¿Qué edad tiene?

—Cinco años.

—Yo tengo seis—repuso Virginia dándose importancia, como si aquella insignificante diferencia de edad fuese un atributo de superioridad indiscutible.

Pero la respuesta del soldado vino a matar sus ilusiones.

—Mi hijo es más alto que tú—advirtió.

Y luego, volviéndose hacia su padre, dijo algo todavía más inaudito:

—Andamos buscando a Gary, un espía rebelde.

Al oír aquellas palabras, Virginia estuvo a punto de soltar un grito. Sólo al sentir la presión de la mano de su padre sobre la suya, comprendió que debía contenerse y logró enmudecer a tiempo. En seguida, al oír la respuesta de su papá comprendió que si quería llegar al término del viaje sin graves contratiempos debía aprender a ejercitarse en el arte del disimulo.

—Morrison lo capturó ya en su propia plantación—dijo el autor de sus días con una frescura inaudita.

—¿Cuál es su regimiento?—siguió inquiriendo el simpático centinela.

—El Vermont, número 72.

—Está bien. Pase.

John Gary no se hizo repetir la orden. Fustigó de nuevo el caballo, que emprendió veloz carrera, y no tardaron en perder de vista el campamento. Por el camino la niña no pudo menos de expresar en voz alta la severa opinión que le merecía la extraña conducta de su progenitor.

—Papá, ¿cómo has mentado!...

—Ya lo sé, hija mía, pero en la guerra eso no es pecado...

—¿Que no es pecado decir mentiras en la guerra?

—No, hija mía. Si no fuera así yo no habría mentado.

—¿Qué cosa es Vermont número 72?

—Un regimiento al que jamás he pertenecido ni perteneceré.

—¿Otra mentira?

—Sí. Otra mentira.

—¿Cuándo acabarás de decir mentiras, papaito?

—Cuando se haya acabado la guerra.

—¿Y yo también debo seguir diciendo mentiras hasta que termine la guerra?

—No, tú no. Solamente hasta que lleguemos a Richmond...

—Entonces, si nos detienen otra vez y nos preguntan...

No pudo terminar la frase. Acababan de oír nuevamente la voz de alto.

Esta vez la niña escuchó impasible todas las mentiras que se le antojó decir a su papá. Ahora, desde que sabía que era permitido, empezaba a encontrarle cierto gusto a aquel juego peligroso. Deseaba casi que le preguntasen también a ella para ejercitarse en el difícil arte de engañar a los cándidos yanquis, huyendo de ellos en sus propias narices.

Esta vez John Gary hubo de ser más explícito.

—El coronel Morrison desea que lleve esta niña a través de nuestra línea...

- ¿A dónde van ustedes?  
 —A Richmond...  
 —¿Cuándo se separó de él?  
 —A las doce...

El centinela, un soldado foso y malhumorado, muy distinto del joven papá con el cual habían tropezado unos momentos antes, miró a su padre con cierta desconfianza y luego a Virginia que se apresuró a dedicarle la más seductora de sus sonrisas, pero la vista de aquel angelito rubio, que le miraba con expresión cariñosa, no hizo mella alguna en su ánimo.

—Se sabe usted las contestaciones de memoria...—comentó burlonamente dirigiéndose a su padre.

- Se volvió hacia Virginia:  
 —¿Cuántos años tienes?  
 —Seis...

En aquel campamento había un soldado que al ver el cochecillo ocupado por Gary y su hija se había ido acercando lentamente. Aquel hombre era el único con el cual no deberían haberse tropezado en su huida los dos fugitivos. Un hombre que sentía todavía en su espalda el dolor de las latigazos recibidos en un día no muy lejano cuando el coronel Morrison quiso castigar su equivocado concepto de la guerra, dándole una lección que en lugar de resultarle provechosa dejó en su alma un sedimento de rencor hacia

el autor del castigo y de odio irrefrenable contra los culpables del mismo... Aquel hombre era el ex sargento que un día había entrado a saqueo en la casa de los Gary, abusando indignamente de sus derechos de invasor, para recibir en premio una buena tanda de azotes y la pérdida de sus galones. Desde aquel día el ex sargento Flynn vivía rumiando propósitos de venganza, y he aquí que ahora la casualidad le ponía delante de sus ojos el medio de satisfacerla plenamente. La rubia cabecita de la niña la había delatado. Su voz hizo el resto... En seguida el ex sargento corrió al lado del coche cuando el centinela ya estaba a punto de cederles el paso franco, y encarándose con la pequeña, como si en lugar de un ser inocente fuese su peor enemigo, le dijo con retintín de burla:

—¡Hola, pequeña! ¿Te acuerdas del betún de limpiar botas?

Los ojos aterrados de Virginia le dieron la respuesta.

—¡Este hombre mienta! ¡Es un confederado, y ésta es su hija! ¡Estoy seguro de ello! ¡Bajad del coche! ¡Pronto!...

Pero el capitán Gary no estaba dispuesto a entregarse tan fácilmente. En lugar de obedecer lo que hizo fué apartar de un fustazo al que así se atrevía a interponerse en su



camino, y fustigando al caballo partir a galope...

Aquel acto de temeridad no le sirvió de nada. Veinte metros más allá les barraron el paso unos cuantos jinetes enemigos. No había otro remedio que entregarse o morir ma-

tando. Si John Gary hubiese ido solo tal vez lo habría hecho, pero el pensamiento de su hija le detuvo. Paró inmediatamente el coche y dirigiéndose a los soldados aceptó:

—Muy bien. Regresaremos...

## CAPITULO VI

El coronel David Hantley, del ejército del norte, entró en la prisión con aire triste y abatido, se acercó a la celda de John Gary, el valiente capitán del ejército "rebelde", que al verlo entrar se apresuró a levantarse de su camastro.

—¡Valor, amigo mío! Tengo malas noticias que comunicarle...

El capitán Gary sonrió.

—No tema usted decirles, coronel. Hace días que vengo esperándolas. Desde que me condenaron a muerte...

—El tribunal ha denegado su apelación. Ha sido aprobado el fallo del consejo de guerra. Ahora sólo el presidente podría decir su última palabra...

—¿Cuándo será pasado por las armas?—inquirió el capitán después de una corta pausa. Un ligero temblor en la voz era el único detalle revelador de la emoción que la grave noticia acababa de producirle.

—El día 27 al amanecer.

—¡Seis días nada más!—comentó el condenado sonriendo amargamente.

—¿Desca mandar algún mensaje?

—No, ¿para qué? No tengo ya a nadie... Gracias por haber arreglado lo de mi hija. El tío Billy cuidará de ella como un verdadero padre...

—No debe usted agradecerme

nada. Es lo menos que podía hacer por un militar pundonoroso como usted y también por su hija. Este angelito rubio nos ha robado el corazón a todos. Todo el mundo aquí en el cuartel anda loco detrás de ella...

El coronel Hantley se dirigió entonces a la celda contigua a la del capitán de los confederados. El rostro expresivo y sonriente de su compañero de armas, el coronel Morrison, asomó por entre los barrotes. No preguntó nada. Se limitó a comentar...

—A mí también me fusilan el veintisiete...

—¡Amigo mío! — murmuró el coronel Hantley estrechándole la mano a través de los barrotes de la celda.

En la celda de al lado se elevó una voz de protesta. Era la del capitán Gary que no podía resignarse a que por culpa suya se fusilara a

un militar valiente y pundonoroso que había tenido la debilidad de anteponer sus sentimientos generosos a los deberes de su cargo.

—El es inocente, mi coronel. He dicho ante los tribunales que era inocente y seguiré diciéndolo hasta que me fusilen.

—Capitán Gary. Ha sido imposible hacer creer esto al consejo de guerra. Usted llevaba el uniforme del coronel Morrison cuando fué detenido atravesando las filas enemigas...

—Yo robé el uniforme, después de haber logrado escaparme con mi hija. Esta es la verdad...

—Esta es una piadosa mentira que nadie ha podido creerse. Comprendo y estimo en lo que valen sus nobles esfuerzos para salvar a un pundonoroso militar que tan generosamente se portó con un enemigo leal e indefenso, pero... la guerra es la guerra...

\* \* \*

Mientras Gary y Morrison purgaban en la cárcel el tremendo delito de haberse olvidado por un momento que eran enemigos, ¿qué había sido de la pequeña Virginia, la víctima inocente de los odios de los hombres?

Gracias a la bondad y el amor de un esclavo la tierna criatura no sufría en toda su intensidad los terribles efectos del destino que pesaba sobre ella. El tío Billy, junto con Tammy, la habían acogido bajo su protección y gracias al poco dinero que Gary había podido darle vivían los tres en un apartamento modesto cerca de la cárcel militar en donde estaba prisionero el padre de Virginia.

Habían transcurrido algunos días desde la captura de éste. Virginia ignoraba aún la triste suerte que le estaba reservada a su padre. Sólo sabía que los yanquis le retenían prisionero, pero le permitían verlo a diario y conversar con él y con el coronel Morrison durante largo rato.

Virginia, con esa facilidad de asimilación que tienen las criaturas, había acabado por acostumbrarse a su nueva vida, aunque no a estar separada de su padre y mucho menos a prescindir del recuerdo de su madre, a quien seguía recordando como algo muy bello, muy bello... como le había recomendado su papá. Rezaba cada noche por ella y en sus ruegos mezclaba las peticiones, como si su madre, por el simple hecho de estar en el cielo, fuese una santa capaz de arreglar las cosas de este pícaro mundo con sólo la voluntad de hacerlo. Le pedía siempre por su padre, y por el yanqui, para que ambos pudieran salir pronto de la cárcel e irse todos juntos a ver aquella niña rubia y bonita, hija del coronel Morrison, que ignoraba todavía el encarcelamiento de su padre... Por lo demás, Virginia se había acostumbrado fácilmente a la vida austera y totalmente exenta de comodidades que llevaban, y sólo de tarde en tarde pensaba con cierta melancolía en



aquellas suculentas merendonas que le preparaba la madre de Miriam y en aquel montón de juguetes que tenía en su casa, y en el jardín de su espléndida residencia que las granadas habían destrozado aquella noche en que su madrecita enfermó gravemente...

Aquella mañana, Virginia, en espera de que llegase la hora de ir a ver a su padre a la cárcel, se entretiene en repasar su propia culpa, con mejor voluntad que acierto, mientras el tío Billy ponía un poco de orden en la habitación de su amita querida y el negro Tommy limpiaba los zapatos tratando de sacarles el mayor brillo posible.

El tío Billy, que observaba indignado los perezosos movimientos de su compañero de raza que todavía no se había resignado a abdicar de su incurable pereza, vió que éste abandonaba el cepillo para rascarse la cabeza, y se echó a temblar aterrado. El tío Billy sabía que aquel gesto familiar de su compañero era siempre precursor de alguna solemne tontería. Por eso no se sorprendió demasiado al oír que Tommy le decía con una cara muy seria, como si se tratase de resolver un difícil problema:

—¿Por qué le llamarán zapato a un zapato?

Los ojos del tío Billy expresa-

ron lo que sus labios no se atrevían a decir.

—¿Qué quieres decir con eso, pedazo de idiota?

—Digo que podían haber escogido otro nombre cualquiera. ¿No te parece a ti lo mismo?

—¿Pero quién, quién debía escoger este nombre cualquiera que tú dices?

—¿Toma, pues el que escogió el que ahora tiene!

El tío Billy se acercó a su compañero, le miró unos instantes con una expresión en la que se mezclaban compasión y desprecio, y se limitó a responder encogiéndose de hombros:

—Para pensar es necesario tener cerebro.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, es una reflexión que me estaba haciendo a mí mismo...

Se acercaba la hora de la visita. Virginia, que desde hacía un rato estaba dando señales de impaciencia, preguntó al tío Billy:

—¿Qué hora es?

—Las tres y cuarto en punto, señorita.

—Entonces es hora de que empiece a arreglarme. Papá me espera a las tres y media.

El arreglo de Virginia consistía en cepillarse el traje y colocarse un sombrerito sobre sus rubios rizos.

Desde que había muerto su madre la niña no contaba en su guardarropa más que con un sencillito y tosco trajecito negro. ¡Qué lejanos estaban aquellos tiempos en que Virginia poseía el guardarropa más lucido y lujoso de todas las niñas de Carolina! La hija de John Gary, nacida en una cuna de seda y encajes, era ahora una niña pobre, pobre de solemnidad, sin otro apoyo moral ni material que el que podía proporcionarle aquel par de negros esclavos y sin otra distracción ni otro consuelo que el ir a visitar a su padre a la cárcel... ¡Triste destino el de aquella tierna criatura inocente condenada tan pronto a sufrir las consecuencias de los errores y maldades de los hombres! La guerra, cruel siempre, con el vencedor y el vencido, le había arrebatado a su madre, su hogar, su fortuna, y estaba a punto de quitarle también a su padre, por el único delito de haber querido defenderla...

—¿No dejarán a papá mucho tiempo en la cárcel, verdad?—preguntó al tío Billy mientras éste le cepillaba el trajecito.

Aquel pensamiento venía siendo su idea fija desde que los yanquis les habían capturado. No podía resignarse a seguir viviendo separada de él, después de la pérdida de su

madre. Ahora, al pensar en lo que había hecho por ella el coronel Morrison y haber conocido más de cerca a los que antes consideraba como enemigos irreconciliables, ya no se atrevía a echarles la culpa a los yanquis de todas las calamidades que estaban cayendo sobre ellos, sino a la guerra. ¡La guerra! Aquella fatídica palabra había llegado a adquirir un sentido amargo para Virginia. No podía pronunciarla sin estremecerse de miedo y de horror, asociándola a la muerte de su madre, a la pérdida de su casa, a la visión de su padre detrás de los barrotes de la cárcel, mirándola con una expresión de tristeza infinita...

El tío Billy no respondió a la pregunta de la niña. Fue necesario que ella repitiese la pregunta para que saliera de su ensimismamiento y contestara con unas palabras que a punto estuvieron de provocar la indignación de su amiga.

—Temo que no... —dijo entre dientes, casi para sí mismo.

—¿Qué dices? ¿Que temes que no van a dejar mucho tiempo a papá en la cárcel? ¿Pues eso quiere decir que va a salir pronto!...

El negro hizo un esfuerzo para sonreírse.

—Perdone mi amiga. No sabía lo que decía...

—Yo rezo cada noche para que

le pongan en libertad y me compre un traje nuevo...

—Usted ree tan sólo para su papá, yo rezaré para el traje... — propuso el tío Billy.

—Muy bien. Entonces podré rezar más y Dios hará que los yanquis saquen a papá de la cárcel. Ahora, tío Billy, no pongas la cara

triste cuando estemos allí. Siempre lo haces y papáito te mira y se pone también muy triste... Es preciso que papá crea que somos muy felices... muy felices...

Y mientras decía esto dos gruesos lagrimones reshalaban por las tiernas mejillas de la nena...

## CAPITULO VII

Un cuarto de hora después, Virginia, acompañada a la armónica por el tío Billy, cantaba en el patio de la cárcel, frente a las celdas de su padre y el coronel Morrison que la estaban contemplando desde sus ventanas respectivas, una linda canción aprendida allá en el sur, cuando todo sonreía a su alrededor y ella vivía despreocupada y feliz al lado de sus papaitos:

Yo me como un melón entero  
nunque se me metía por las orejas.  
La hierba se hizo para las vacas,  
pero yo prefiero un buen pollito.  
Adiós, adiós, adiósito.  
Tristeza, vete de aquí.  
Yo te acostaré cantando

como hacen los pajaritos  
cuando forman sus niditos.  
Miel les doy a mis cerditos  
y así se ponen más dulces que yo.  
Contentita, contentita y cantando sin  
[cesar.

La absurda letra de la canción cobraba en labios de Virginia una gracia fresca y espontánea que hacía olvidarlo todo. No es, pues, de extrañar que al finalizarla se llevara un aplauso cerrado no sólo de su padre y del coronel Morrison, para quienes el menor gesto de la niña resultaba un poema de gracia y de ternura, sino de todos los soldados del cuartel, que se habían acercado al patio para oírlo.



La niña acudió a la reja de la celda de su padre y le besó a través de los barrotes.

—¿Te gustó, papá?—preguntó.

—Sí, hijita, muchísimo. Eres la primera soprano lírica del mundo. Te lo dice tu padre que ha oído muchas cantantes de ópera. Ahora, dime, ¿qué has estado haciendo esta tarde?

—He estado repasando mi ropa.

—¿Y qué más?

—Monté el caballito de una amiga. Es una niña yanqui, pero es muy buena conmigo. Dime, papá, ¿por qué tendrán que matarse las gentes buenas?

—Porque los mayores no tenemos tanto sentido común como los niños—repuso su padre sonriendo.

—Papá, ¿cuándo te dejarán salir de la cárcel?

—Pronto, muy pronto, bien mío.

—Siempre me dices lo mismo y van pasando los días...

—Pero esta vez va de veras, ángel mío. Pronto, muy pronto saldré de esta cárcel.

El capitán Gary no mentía. Pronto saldría de aquella cárcel, pero no para reunirse con su hija, sino para ir en busca de la muerte. John Gary no temía morir, sólo sentía dejar aquel pedazo de su alma abandonado a su triste destino...

—Y ahora—continuó después de

una corta pausa—, ahora despídete del coronel Morrison. Es hora de marcharte...

—¿Tan pronto? ¡No me quiero ir, papá, no me quiero ir!...

—Es preciso, hija mía. Si desobedece, el coronel Hartley no te dejará volver a verme.

Aquella advertencia tuvo la virtud de reducirla inmediatamente a la obediencia. Virginia se apresuró a asomar su linda cabeza por la reja de la celda contigua...

—¿Vienes a decirme adiós, pequeña rebelde? —dijo el coronel Morrison besándola con una efusión que nada tenía que envidiar a la de su padre.

—No sólo vengo a decirle adiós, sino a darle muchas, muchos besos...

—¿Me quieres, Virginia?

—¡Mucho, mucho!... Usted es mi segundo papá.

En aquel momento regresó el tío Billy, que se había alejado unos momentos requerido por el coronel Hartley. Venía a decirle a la niña que había llegado el momento de marcharse.

—Adiós, yanqui—dijo Virginia despidiéndose de su ex enemigo.

Era todavía demasiado pequeña para justipreciar el sacrificio inmenso que aquel hombre había hecho por ella, pero parecía como si

lo presintiese y quisiera agradecersele a fuerza de ternura y cariño.

—Adiós, rebelde, primor. ¿Volverás mañana?

—Mañana y todos los días hasta que le saquen de la cárcel junto con papá...

El tío Billy se había acercado a la reja de la celda de su amo y le habló en voz baja durante unos instantes. Lo que le dijo debió ser muy importante porque el rostro de su amo se demudó visiblemente.

—¡Oh, tío Billy, si esto fuera posible!

—El capitán Hartley me ha dicho que este juez es el único que puede hacer algo por ustedes. Tenemos todavía cuatro días por delante. Hoy mismo saldremos para Washington la señorita y yo; el coronel me ha dado algún dinero y con lo que yo tengo tal vez nos alcance...

—Gracias, tío Billy, gracias por todo lo que has hecho por nosotros. Y ahora atiende lo que voy a decirte. Si este último paso resulta infructuoso, si no consigues... mejorar las cosas, quédate en Washington hasta que todo haya concluido. Moriré más tranquilo sabiendo que la niña está lejos de aquí... A ti te la confío. Acuérdate siempre de que es mi hija y has jurado amarla y protegerla. Llévala a Richmond,

pero no te separes nunca de su lado.

Cuando el tío Billy le dijo a Virginia que aquella misma noche debían coger el tren para Washington, creyó que se había vuelto loco de repente. ¿Marcharse ella a Washington dejando abandonado en la cárcel a su papá y al coronel Morrison después de haberles prometido que iría a verlos al día siguiente? Sólo cuando el fiel esclavo le dijo que era por ellos que debían hacer el viaje, para ir a pedir que les dejaran inmediatamente en libertad en vez de esperar tantos días, Virginia accedió a irse a Washington y hasta se mostró dispuesta a prolongar el viaje hasta el fin del mundo si con ello podía abreviar la cárcel de sus dos papás.

Ya en la estación y a punto de adquirir los billetes surgió una pequeña dificultad. El viaje a la capital costaba doce dólares por persona y el infeliz tío Billy sólo tenía veintuno, sin contar con que debería quedarse con algún dinero por lo menos para pagarse el hospedaje de un día...

El inflexible taquillero se negó a despachar medio billete para Virginia alegando que era ya demasiado crecida y sin conmoverse ante las miradas suplicantes que ella le dirigió ni los esfuerzos que hizo para parecer más pequeña de lo que

era realmente, agachándose todo lo que pudo al pasar por la taquilla. Denegada aquella merced, no les quedó otro recurso que aguzar el ingenio para solucionar aquel problema en la forma más rápida posible. Y como el único modo de hacerlo era encontrando el dinero que faltaba, el tío Billy tuvo una idea maravillosa: hacer una pública exhibición de su arte de bailarín de claquet secundado por Virginia.

Fue por ese motivo importantísimo que los transeúntes de una de las calles más populosas de aquella ciudad del norte tuvieron ocasión de presenciar el pintoresco espectáculo ofrecido por una pareja de excelentes bailarines, uno de los cuales era un esclavo del sur y el otro una niña rubia como el oro y linda como una muñeca que apenas levantaba dos palmos del suelo.

Cuando hubo terminado el espectáculo otro negro de ojos bovinos y gestos lánguidos — Tammy en persona — tendió su gorra a los espectadores en demanda de

un óbolo que le fué generosamente concedido mientras iba exclamando repetidamente:

— Por la causa, por la causa, por la causa...

— ¿Qué causa es esa? — inquirió un espectador escamado al oír aquella cantilena.

— La causa de la razón — repuso el negro sin inmutarse y ocultando un gorro de soldado de los ejércitos del sur, para que no se dieran cuenta de que ellos no eran del norte.

Aquella escena se repitió luego en otra calle y en otra y en otra, hasta que la niña estuvo a punto de caer rendida de cansancio...

Pero antes del anochecer, sólo con el tiempo justo para adquirir los billetes y coger el tren a escape, el tío Billy y Virginia Gary pudieron emprender el viaje al final del cual llevaban prendida una esperanza. Gracias a la generosidad de la gente del norte, Virginia había logrado recoger el dinero necesario.



## CAPÍTULO VIII

Lo que sucedió en aquellas veinticuatro horas que Virginia y el tío Billy permanecieron en Washington, no podrían olvidarlo nunca.

Primero la llegada a la gran ciudad, después de un viaje que a ellos les pareció interminable, aunque en realidad sólo duró algunas horas. El desconcierto de los primeros momentos sin saber qué hacer ni a dónde encaminar sus pasos para ir en busca de un modesto albergue, luego la visita a aquel magistrado, amigo del coronel Hartley, para quien llevaban una extensa y conmovedora carta de presentación de puño y letra de este último, y después... después... ¡Lo imprevisto! ¡Lo inaudito! ¡Lo que nunca habrían osado imaginarse que fuera posible! ¡La visita al presidente, a Abraham Lincoln en persona!

Si grande fué la emoción del esclavo al oír de labios del magistra-

do la noticia de que iba a recomendarles a Abraham Lincoln, el único que podía fallar aquel pleito entre el deber y el sentimiento, no fué menos grande la que experimentó la niña. Durante media hora no cesaron de hacerse mutuas recomendaciones sobre lo que deberían decir, sobre la manera de entrar en el salón de audiencias, cómo y en qué forma deberían presentarse, cuántas veces deberían inclinarse la cabeza para saludar a la primera autoridad de la nación.

Y cuando, después de una larga espera, el ujier les llamó por su nombre indicándoles que les había llegado su turno, tanto el esclavo como la niña se olvidaron de todo, absolutamente de todo lo que tenían estudiado, para echarse a temblar como dos tontos... El miedo atenuó su garganta e inmovilizó sus piernas. Mudos e inmóviles como dos paletos, se quedaron en la puerta sin atreverse a avanzar ni

retroceder, desecando tal vez mentalmente que se abriera la tierra y se los tragase...

Pero Abraham Lincoln habló, y al conjuro de aquella voz dulce y de aquellas maneras afables, de aquel semblante iluminado por una expresión de bondad inmensa, Virginia y el tío Billy avanzaron sugestionados, hipnotizados, con los ojos fijos en el gran hombre, que seguía diciéndoles amablemente:

—Adelante, adelante, hijos míos...

—Somos la señorita Gary y el tío Billy — dijo el esclavo humildemente.

Abraham Lincoln se levantó. Era un hombre alto y enteco, de facciones acusadas que habrían resultado un poco duras a no ser por la expresión de inmensa bondad que se reflejaba en sus ojos pequeños y oscuros y en el pliegue sonriente de sus labios. Virginia observó inmediatamente que llevaba unas grandes patillas y que era muy alto, más alto que su padre, más alto que el coronel Morrison, más alto que todos los hombres que había conocido.

Abraham Lincoln se acercó al esclavo negro, que se había quedado junto a Virginia en actitud humilde con los ojos bajos, sin atreverse a mirar cara a cara a aquel

hombre que se había atrevido a hacer una guerra en defensa de sus hermanos de raza, y cuando estuvo a su lado le tendió la mano; le tendió la mano a él ¡a un esclavo! en un gesto sublime en su misma sencillez porque en él se sintetizaban todos los anhelos y todos los ideales humanitarios...

Pasado aquel momento de emoción el presidente se dirigió a Virginia. Ahora que estaba a su lado pudo comprobar la niña que el señor Lincoln era por lo menos cinco veces más alto que ella y serían inútiles los esfuerzos que hiciera para hablarle, ya que, dada la distancia que les separaba, nunca llegarían a entenderse. Su desolación fué tal que seguramente el señor Lincoln debió leerla escrita en su rostro, ya que se apresuró a remediar aquella *arbitrariedad de la naturaleza* cogiendo a la niña en brazos. Virginia subió, subió, subió, hasta que su carita estuvo al nivel de la de aquel hombre que regia los destinos de su país, quien no contento con eso, acercó su boca a las sonrosadas mejillas de la nena y estampó en ellas dos sonoros besos. Luego, Virginia volvió a descender hasta quedar sentada en la mismísima mesa de trabajo del presidente, quien se agitó frente a ella en

un sillón y empezó a interrogarla con voz dulce y persuasiva.

—El juez van Hellen me habló de ustedes... A ver, cuéntame lo que pasa...

—Pues que los yanquis han cogido a papá y al coronel Morrison...

—Tu papá fué detenido por espía, ¿no es cierto?

—¡No, no es cierto! — rechazó la niña indignada—. Espía es una cosa mala y papá es muy bueno. También el coronel Morrison es muy bueno. Todos son buenos. Los yanquis y los confederados...

—Lo comprendo. Es imposible que tu papá no sea bueno teniendo una niña como tú...

—¿Verdad que sí? Mi papá es muy bueno, muy bueno, aunque sea un confederado. Tampoco yo creía antes que los yanquis fuesen buenos y la primera vez que vi al coronel Morrison le eché una piedrecita con mi honda, y él en lugar de refirme me dió un beso. Desde aquel día le quiero mucho...

Virginia, pasado el susto del primer instante había logrado recobrarse por completo. Hablaba con admirable desparpajo, mirando atentamente al señor Lincoln, que por otra parte no le quitaba los ojos de encima. A medida que la niña iba hablando se iba acentuando la sonrisa que apareciera en los labios

de él desde el mismo momento de su llegada. Un minuto más y serían los mejores amigos del mundo.

Mientras la niña hablaba Abraham Lincoln había cogido una manzana y se había entretenido en mondarla concienzudamente. Luego depositó la piel encima de su mesa de trabajo y se dispuso a cortar la fruta en pequeños pedazos. Cortó el primero y se lo alargó a Virginia, quien, sin dejar de charlar, como si todo aquella que estaba viviendo en aquel instante fuese la cosa más natural del mundo, lo cogió con la punta de sus deditos y se lo metió en la boca. El presidente cortó entonces otro pedacito y se lo comió. Cortó un tercero y se lo entregó a Virginia... Así fué cortando y distribuyendo equitativamente, deteniéndose de vez en cuando para escuchar con interés vivísimo el elocuente relato de la niña que en un lenguaje pintoresco iba explicándole todas las vicisitudes pasadas por ella y los suyos desde la declaración de la guerra.

—Dime todos los detalles— le había dicho el presidente al empezar su extenso relato—. Todos, sin faltar ni uno... ¿Venía tu papá a veros a menudo desde que se fué a la guerra?

—Poco, muy poco. Sólo tres o



cuatro veces. Mainá y yo nos poníamos muy contentas al verle y le pedíamos que viniera más a menudo, pero él decía que era muy peligroso y que no debía hacerlo...

—¿De qué color era el uniforme de tu papá cuando venía a hacernos estas visitas?

—Gris. Era el uniforme de los confederados. Papá era capitán y había tenido que ir a pelear con los del sur...

—Comprendo.

—Cuando los yanquis le pegaron fuego a nuestra casa mamá enfermó porque tuvo que pasarse una noche afuera y llovía mucho y ella quiso taparme a mí con su capa para que no me resfriase y fué ella la que se enfrió...

En aquel momento sucedió algo terrible. El señor presidente de los Estados Unidos, el gran Abraham Lincoln, el hombre que era la equidad misma, sufrió un olvido lamentable y a punto estuvo de cometer una injusticia. Acababa de cortar otro pedacito de manzana y tan interesado estaba en su relato, que se olvidó de que aquel pedacito correspondía por derecho de entrega a su gentil visitante, ya que él se había comido el anterior, e hizo además de llevárselo a la boca. Virginia, que ya había adelantado

el bocquito presto a recibir el pedazo de manzana, se apresuró a llamarle al orden diciéndole:

—No, ése no es suyo, es mío... El último se lo comió usted.

El presidente soltó una carcajada tan franca y tan noble que Virginia decidió perdonarle generosamente la falta cometida. Subsano rápidamente el error, la niña continuó su relato.

—No podíamos conseguir medicinas para mi pobre mamá, que se ponía cada vez más enferma. Entonces ella tuvo mucha fiebre y empezó a llamar a papá a todas horas, de día y de noche... Y el tío Billy, que nos quiere mucho, le dijo a mamá que él iría a buscar a papáito...

Hubo de interrumpir su relato para rectificar otro error del dignísimo presidente, quien acababa de cortar otro pedazo de manzana y se empeñaba en cedérselo a ella, cuando en realidad era él quien debía comérselo. Nuevo y lamentable error que esta vez estaba a punto de redundar en su propio perjuicio. Virginia, siempre atenta a rectificar cualquier distracción que pudiera cometer su simpático interlocutor en aquel sentido, se apresuró a decirle:

—No, ése es para usted. Yo me comí el último...

El presidente volvió a reír. Esta vez la carcajada debió ser oída desde el salón contiguo.

—Tienes razón, pequeña. Un olvido cualquiera lo tiene. ¿No te parece? Pero sigue, sigue contando. Sígueme contando todas esas cosas tan tristes que te han sucedido...

—Decía que el tío Billy le dijo a mamá que él iría a buscar a papá y así lo hizo. Tardó mucho en volver, pero al fin volvió con papá... Mamá, entonces, después de haber visto a papá se quedó muy contenta, muy contenta y se fué al cielo...

La voz de la gentil Virginia se quebró en un sollozo. La idea de que su mamá se hubiese ido al cielo no bastaba a consolarla de su pérdida. Cada vez que venía a su mente el recuerdo de la querida muerta los ojos de la gentil Virginia se llenaban de lágrimas. Esta vez el recuerdo fué tan doloroso, tan punzante, que las lágrimas se deshicieron en un raudal de llanto.

Abraham Lincoln dejó el resto de la manzana encima de la mesa, cogió entre sus brazos aquel cuerpo menudo, sacudido por los sollozos, y estrechándole contra su corazón, la arrulló amorosamente, paternalmente, diciéndole con suave reproche:

—Vamos, vamos. Una niña tan crecida como tú no debe llorar de esta manera. ¿Qué diría mamá si te viera? ¿Qué diría si supiera que lloras porque ella se ha ido al cielo?

—¿Entonces no debo llorar? — preguntó Virginia entre dos sollozos.

—No. No debes llorar porque tu mamá se haya ido al cielo.

—¿Usted no quiere que lllore?

—Ni lo quiero yo, ni lo quiere nadie. Una niña como tú no debe llorar más que cuando ha hecho una travesura muy grande en señal de arrepentimiento. Ahora, tranquilízate y sigue contándome lo que pasó el día que tu mamá se fué al cielo...

—Entonces cuando regresamos del cementerio vinieron los yanquis y papá corrió a esconderse en el granero de una cabaña, mientras que el tío Billy y yo nos poníamos a bailar para disimular...

Hubo una corta pausa que Lincoln aprovechó para secar los ojos de la gentil narradora.

—¿Y qué sucedió luego?

—Pues luego vino el coronel Morrison, que yo ya conocía porque una vez había venido a casa y había mandado castigar a un soldado que hizo caer a mamá por las escaleras...



—¿Y qué dijo el coronel?

—Pues me dijo que hallaba muy bien y luego me contó que tenía una niña de mi misma edad y que hacía mucho tiempo que no la veía... Pero luego adivinó que papá estaba escondido e hizo ver que se enfadaba y quería pegarme para que papá saliese de su escondrijo y me defendiese...

—¿Y luego?

—Luego papá me hizo salir y se quedó solo con el coronel. Después me llamaron y papá me dijo que le diera un beso al coronel porque había sido muy bueno con él y le había dado un pase para que pudiera llegar a Richmond y quedarme al lado de mi tía... Luego nos cogieron y...

Al llegar a aquel punto del relato Virginia se olvidó de las promesas hechas un momento antes y empezó a llorar pèrdidamente. Nuevos y más severos reproches por parte del presidente y nuevas y más firmes promesas de no volver a hacerle, por parte de Virginia. Pasada la tormenta el señor Lincoln creyó conveniente proseguir el interrogatorio. Sin que la niña pudiera imaginárselo entraban ahora en la parte más delicada del asunto. De lo que ella contestase dependía la vida de los dos hombres.

—Dime, Virginia. ¿Prometes decirme la verdad?

—Lo prometo — repuso la niña seriamente.

—Entonces contesta a esta pregunta. ¿Tomó notas tu papá durante el viaje de huida o se apeó alguna vez del coche para observar algo, o contó los cañones de los yanquis?

—No, no, al contrario. Me dijo que olvidáramos todo lo que viéramos. Que era preciso olvidarlo, como si nunca lo hubiéramos visto. Me dijo que no dijera nunca nada a nadie de aquel viaje, ni por dónde habíamos pasado...

—¿Puedes decirme por qué te dijo esto tu papá?

—Pues me dijo que era porque había dado su palabra de honor al coronel Morrison a cambio del favor que él nos había hecho dándonos el pase para que pudiéramos llegar a Richmond y no nos cogiesen los soldados yanquis...

Otra vez volvió a olvidarse Virginia de la promesa hecha a la primera autoridad de la nación, sin que este acto de desobediencia le reportase perjuicio alguno. Al contrario: aquel hombre tan humano, tan comprensivo, tan noble, que regía los destinos de su patria, debió comprender que el mundo había sido muy injusto y muy cruel con aquel tierno ser para que el llanto



le fuera tan fácil que ni siquiera la voluntad de obedecer pudiera contenerlo. La alma de la niña había sufrido lo bastante para merecer la gracia que venía a solicitar con labios temblorosos y los ojos llenos de lágrimas...

Abraham Lincoln abrazó nuevamente a Virginia Gary, la hija del capitán de un ejército que por no querer ceder a los imperativos de un ideal humanitario y cristiano había lanzado a la nación a los horrores de la guerra fratricida. Los hombres del sur, los soldados del sur debían ser considerados para Abraham Lincoln como los componentes de un ejército que era preciso aniquilar y vencer en lucha encarnizada si quería hacer prevalecer sus derechos, pero tampoco él, al igual que el coronel Morrison, podía hacerle la guerra a un ser inocente...

La mano de Abraham Lincoln, el único hombre que podía rectificar el trágico destino que pesaba sobre el capitán Gary y el coronel Morrison, trazó nerviosamente unas líneas en un pedazo de papel. En seguida llamó a su ayudante.

—Que mantenga eso al general Grant. En seguida... Es urgentísimo...

Y con aquel acto sencillo, digno de un hombre de tan altos destinos,

Abraham Lincoln perdonó la vida a dos condenados a muerte. Las lágrimas de una niña habían logrado la más hermosa de todas las victorias.

Abraham Lincoln no quiso ser generoso a medias limitándose a conmutar la sentencia de muerte dictada por el consejo de guerra, sino que ordenó que los sentenciados fueran puestos en libertad inmediatamente. El coronel para ser restituido a su puesto de abnegado defensor de la patria, John Gary para quedarse en el territorio como prisionero de guerra, hasta que una nueva era de paz volviera a reinar sobre aquella tierra fértil... y ve la sangre generosa de sus héroes, destruyendo la barrera infranqueable que separaba a los hombres del norte y del sur. Entonces, John Gary y su hija, acompañados de Billy y Tommy, que ya habrían dejado de ser esclavos para seguir siendo los más fieles y abnegados servidores, volverían a su tierra y tratarían de edificar sobre las ruinas de su pueblo devastado, una casita humilde y un hogar tranquilo donde ir olvidando poco a poco la horrible pesadilla de la guerra. En espera de que llegase ese día venturoso Virginia Gary iría a vivir con los Morrisons, para convertirse en una hija más en el hogar